HEMEROTECA

nº 0

DELIRIUM TREMENS

Revista del Club Alpino GUADARRAMA

I N D I C E

EDITORIAL..... 3
Ramón García
PROLOGO AL RELATO..... 5
Pedro Martín
HALCONES DE ULTRAMAR..... 9
Robert Erwin Howard
EL VERDUGO..... 65
Eduardo Vermenouce
EPOPEYAS DE NUESTROS DIAS..... 71
Ricardo Cassin

COLABORAN:

Joaquín Colorado y Lourdes Membrado en la traducción y transcripción de los relatos.

María del Carmen Moraleda en la revisión ortográfica y de estilo.

Pedro Ramos en los dibujos.

Ramón García y Pedro Martín resuelven entuertos.

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES:

Cesar P. de Tudela por la cesión del artículo de R. Cassin.

ILUSTRACIONES:

Estan inspirados en grabados de Led Zeppelin, Michael Whelan, A. Hernández Palacios, Esteban Maroto, Jim Harter (seleccionador de 412 copyright-free Illustrations) y © Marvel Comics Group en los dibujos señalados a tal efecto...

"DELIRIUM TREMENS"© es un fanzine que persigue la divulgación y el mejor conocimiento de lo fantástico y de todo lo referente a la montaña. Se edita como difusión cultural y sin afan de lucro. Las colaboraciones son desinteresadas, conservando los autores todos los derechos sobre las obras.

El editor no se identifica necesariamente con las opiniones desarrolladas en el presente número. Queda prohibida toda reproducción total o parcial sin autorización expresa de los autores.

Pedidos y correspondencia:
Club Alpino Guadarrama (Sección de Montaña)
C/ Gran Via, 11-piso 6
28014 Madrid

Se terminó: Abril 1986 - Nº 0
Se imprimió: J. Abarca, Alonso Castrillo 6, Madrid.
Depósito Legal: M-2069279

"OMNE IGNOTUM PRO MAGNIFICO"

(Suetonio)

EDITORIAL

- "Atávicos y ejerciéntes de su voluntad de forma desaforada" , dijo el otro, de los montañeros. Y debes saber que por este tipo de gente está hecho lo que tienes entre manos.

Una vez que leímos a Cormac Fitzgeoffrey comprendimos la necesidad de publicarlo, y aquí está.

En números posteriores aparecerán, completando la serie dedicada a este personaje:

- "La Sangre de Belshazzar".

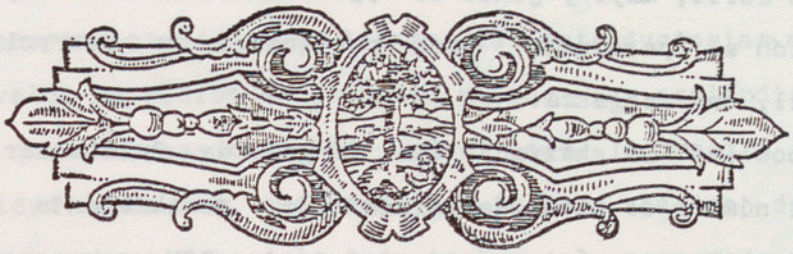
- "La Princesa Esclava".

Detrás de Cormac encontrarás una sección fija con el nombre EPOPEYAS DE NUESTROS DIAS. Hemos escogido esta aventura de Ricardo Cassin, librador de mil batallas en las montañas y uno de los padres del alpinismo moderno.

No quiero aburriros más; pasa la página y que disfrutes.

***

© F. Marco



Robert Ervin Howard (1906-1936) dejó escritas, al morir, unas doscientas cincuenta historias. Estas, abarcan distintos temas: la fantasía, lo macabro, el Far-West, las epopeyas medievales... y es, en este último apartado, donde se incluye el relato "Hawks of Outremer", que Howard, en carta a Harold Preece, comenta:

> "He vendido últimamente una historia a Oriental Stories, donde encuentran al personaje como el más sombrío que yo haya creado jamás. La historia se llama Hawks of Outremer y he recibido 120 dólares por este relato. El nombre de este personaje es Cormac Fitzgeoffrey, me gustó particularmente para las revistas de Farnsworth Wright (*), en los cuales no se está obligado a hacer de los héroes, personajes puros y sin tacha".
>
> "Cormac Fitzgeoffrey se va a Oriente para escapar de sus enemigos y tomar parte en una Cruzada. Estoy considerando escribir una serie consagrada a este personaje".

Pero la serie resultó exigua, pues sólo dos historias fueron publicadas en Oriental Stories:

- "Hawks of Outremer" (Halcones de Ultramar), que vio la luz en

los números de abril, mayo y junio de 1931. Inicialmente representa una introducción al personaje, para posteriormente desrrollar la trama principal, una venganza.

- "The Blood of Belshazzar" (La Sangre de Belshazzar), que apareció en el número de otoño del mismo año; posiblemente sea el mejor de los dos. Es un relato muy denso, donde REH consagra cinco páginas a la descripción de un combate sanguinario - magistralmente narrado -. Los hombres se masacran, incluso matan a traición por la posesión de una gema. Nunca Howard describió la violencia con tanto coraje y fascinanción, hasta tal punto, que los críticos comentan que parece estar escrito en un "estado secundario", al borde de la locura.

Legó una tercera aventura de este personaje, inacabada, con 7500 palabras y la sinopsis de la historia completa. Sería Richard L. Tierney (*) quién la concluyera, con 2800 palabras, y la diéra título "The Slave-Princess" (La Princesa Esclava).

Cormac Fitzgeoffrey es un personaje en la misma línea de Kull, Bran, Conan... pero con dos diferencias: la primera, que es un auténtico bárbaro, un ser salvaje y sombrío, como lo demuestran sus hechos y pensamientos, muy acordes con los lugares donde se desarrollan sus aventuras (*). La segunda, es que sus adversarios no poseen poderes sobrenaturales, ni son brujos o monstruos horrísonos. Son personajes normales, salvando las distancias y remitiéndonos a la época en la que se desenvuelven, seres que solucionan sus diferencias con el frío acero.

En lo restante es muy similar a los demás: hombre que cuenta a sus amigos con los dedos de una mano; que desconfía de todo el mundo, salvo de su espada; que su destino yace fijado desde que nace, en este caso por su doble pertenencia a dos razas, la normanda por parte de padre y la irlandesa por parte de madre, y que le acarrea el rechazo tanto de una como de otra. Como observamos, Cormac es una

mera proyección interior de Howard, el cuál, se encuentra plenamente identificado con sus personajes.

Literariamente destacan las poesías introductorias a los relatos, por su valor de visión de conjunto y por la espléndida puesta en escena que representan. Por otro lado, sobresale la magistral virtuosidad de Howard, que desde la tercera página de la primera historia nos hace conocerlo todo sobre el personaje: su profunda naturaleza, su aspecto físico y su historia.

Citemos algunos "momentos fuertes" de esta primera aventura de Cormac: la confrontación verbal con Saladino, de gran belleza. La muerte del barón Conrad von Gonler, llena de símbolos y que nos deja entrever la personalidad de sus protagonistas. La descripción de la Irlanda del siglo XII, destrozada por la lucha de clanes y la guerra contra los invasores, ahita de sangre y sumergida en la más completa barbarie. El combate con Nureddin El Ghor, muy pormenorizado y de gran agilidad descriptiva. Y, por ultimo, el detalle de los motivos rúnicos que engalanan la espada nórdica de Cormac, arrebatada a un "Rey del Mar", y que posiblemente influyeron en la obra de Michael Moorcock.

PEDRO.

(*) Farnsworth Wright fue director de Weird Tales, desde noviembre de 1924 hasta finales de 1939.

(*) Richard L. Tierney tiene acabadas legalmente dos historias de Cormac Mac Art.

(*) Ultramar era una tierra donde no se daba ni se pedía cuartel. Lo que comenzó como una expedici

ón por liberar los Santos Lugares para la Cristiandad, acabó en jihad (Guerra Santa) contra el infiel. Como ejemplo, citemos la matanza que ordenó Ricardo Corazón de León sobre los rendidos defensores de Acre, a pesar de la promesa hecha por el rey de perdonarles la vida. Corría el año de 1191, y fueron muertos por las tropas inglesas cerca de los muros de la ciudad y a la vista de las tropas de Saladino. A partir de este momento, todo cruzado que caía en manos turcas, era inmediatamente crucificado.

©F. Marco

Hawks of Outremer

por

Robert E. Howard

Halcones de Ultramar

© Marvel

Agradecidos a J.M. Lalanda y a F. Truchaud.

HALCONES DE ULTRAMAR

por Robert E. Howard.

La blanca y silenciosa ruta serpentea y se desarrolla,
Marcada por las evoluciones de los hombres y los animales.
¿Qué atractivo y qué fuerza para ellos
Que siguieron la gran ruta hacia Oriente?
Largas dinastías de guerreros muertos por el camino.
La gloria de mil batallas,
Los corazones de un millón de aventureros forman
El polvo de la ruta que se dirige a Fars.

VANSITTART

1

Un hombre vuelve

-¡Alto!

El barbudo guardián balanceó su lanza, gruñendo como un arisco

godo. Valía ser más prudente en la ruta que lleva a Antioquía. Las estrellas brillaban a través de la espesa noche y sus destellos, insuficientes, no le permitían distinguir con nitidez los rasgos del hombre que se erguía ante él con apariencia gigantesca.

Una mano enguantada en hierro, se tendió bruscamente sobre el hombro acorazado del soldado, inmovilizando todo su brazo. El guardian percibió bajo el casco, el brillo de unos ojos azules y feroces que parecían llamear incluso en la obscuridad.

-¡Que los Santos nos protejan!, exclamó aterrorizado. ¡Cormac Fitzgeoffrey! ¡Atrás! Vuelve al infierno como aquel buen caballero que tú eras. Yo te juro...

-¡No jures!, gruñó el caballero.¿Qué son esas palabras?

-¿No eres un espíritu incorpóreo?, vociferó el soldado. ¿No fuiste muerto por los piratas Maures durante la travesía que te devolvía a tu casa?

-¡Por todos los dioses malditos!, gruñó Fitzgeoffrey.¿Es que esta mano es de humo?

Acto seguido, Cormac Fitzgeoffrey hundió sus dedos enguantados de hierro en el brazo del soldado, mostrando una pequena sonrisa cuando éste lanzó un quejido.

-¡Basta ya de tonterías! Dime qué buscas en esta taberna.

- Sólo a mi maestro, Rupert de Vaile, señor de Rouen.

- Perfecto, gruñó el otro. Es uno de los pocos hombres que yo cuento entre mis amigos, ya sea en Oriente o en cualquier otra parte.

El guerrero de gran talla se dirigió hacia la puerta de la taberna y entró. Se desplazaba con la flexibilidad de un gato, aún a costa de su pesada armadura. El soldado se frotó el brazo y le miró

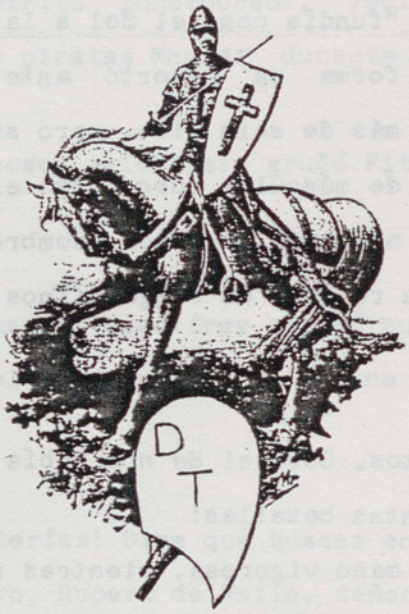
con curiosidad, a medida que se alejaba. Notó, entre la tenue luz, que Cormac Fitzgeoffrey portaba en su brazo un escudo, con el horrible emblema de su familia... un cráneo blanco que sonreía burlonamente. Conocía el guardian a Cormac Fitzgeoffrey desde hacía mucho tiempo... un ser tumultuoso, feroz combatiente y el único hombre entre los cruzados -se decía- que descollaba en fuerza con Ricardo Corazón de León. Pero Cormac Fitzgeoffrey había embarcado con destino a su isla natal antes, incluso, de que Ricardo hubiera abandonado Tierra Santa. La tercera Cruzada terminó en el fracaso y en el deshonor. La mayor parte de los caballeros francos siguieron a sus reyes en el retorno a los respectivos reinos.¿Qué hacía entonces este feroz guerrero irlandés en la ruta hacía Antioquía?

Maese Rupert de Vaile, en otro tiempo de Rouen, uno de aquellos señores de Ultramar que "fundía como el Sol a la nieve", se volvió cuando la gigantesca forma se recortó ante la puerta. Cormac Fitzgeoffrey medía algo más de seis pies, pero sus poderosos hombros y sus doscientas libras de músculos duros como el acero, le hacían parecer más pequeño. El normando miró con asombro y se levantó de un salto al reconocerle. Su rostro, de rasgos finos irradiaba un sincero placer.

-¡Por todos los Santos, Cormac! Se nos había dicho que estabas muerto, compañero de tantas batallas!

Cormac le tendió su mano vigorosa, mientras sus delgados labios se curvaban ligeramente para bosquejar lo que habría sido, para cualquier otro hombre, una ancha sonrisa de bienvenida. Maese Rupert era hombre de gran talla, sólido y fuerte; sin embargo parecía casi endeble al lado del colosal guerrero irlandés, que tenía una agresividad manifiesta en cada uno de sus movimientos.

Cormac Fitzgeoffrey no llevaba barba ni bigote, y las numerosas cicatrices que marcaban su severa y curtida cara daban a sus rasgos -ya de por sí temibles- un aspecto verdaderamente siniestro. Cuando se quitó el casco sin visera, desprovisto de todo adorno, e hizo deslizar la cofia sobre su nuca hacia las mallas de acero, sus abundantes y negros cabellos, que superaban su larga frente, formaron bajo ella un vivo contraste con sus fríos y azulados ojos. Como digno hijo de la raza más indomable y salvaje que haya jamás recorrido los campos de batalla rebosantes de sangre, Cormac Fitzgeoffrey confesaba sin rodeos y con su sola apariencia, su profunda naturaleza, la de un combatiente despiadado nacido para la guerra, para quien la violencia , las matanzas y la sangre vertida son cosas tan naturales como la paz lo es para la mayor parte de los hombres.



© Pícolo

Hijo de Geoffrey El Bastardo, de quien se decía que por sus venas corría la impetuosa sangre de Guillermo El Conquistador, y de una mujer perteneciente al clan de los O'Brien. Rara vez tuvo Cormac una hora de paz o de reposo durante sus treinta años de tumultuosa y violenta vida. Nació, creció y fue educado en el odio y el

salvajismo, en un país bañado en sangre y destrozado por las luchas de clanes. La antigua cultura de Erin se había hundido, desde hacía tiempo, bajo los repetidos asaltos de normandos y daneses. Acosada por todas partes por crueles enemigos, la naciente civilización celta había ido desapareciendo ante la feroz necesidad de incesantes combates; luego, la lucha despiadada por la supervivencia volvió a los Gaëls tan salvajes como los bárbaros que los atacaban.

En la época de Cormac, en el presente, guerra tras guerra asolaba la isla púrpura; los clanes seguían batiéndose entre ellos, y los vikingos viniendo de Noruega y de las Orkneys, y aún medio bárbaros, devastaban todo con imparcialidad, mientras los aventureros normandos se lanzaban a la garganta de unos o de otros, o resistían los ataques de los irlandeses, o aprestaban una tribu contra otra.

Todos estos hechos relampagueaban por la mente de Rupert mientras permanecía inmóvil y observaba atentamente a su amigo.

- Creíamos que fuiste muerto en el curso de un combate naval, a lo largo de las costas de Sicilia, repitió.

- En verdad que muchos murieron, dijo Cormac encogiéndose de hombros. Una piedra lanzada me alcanzó en la sien. Caí sin conocimiento sobre el puente del navío. Sin duda, ésto es lo que ha dado lugar a esos rumores. Pero, como ves, ¡bien vivo estoy!

- Siéntate, viejo compañero. Maese Rupert acercó hacia él uno de los grandes bancos que constituían parte del mobiliario de la taberna. ¿Qué nuevas traes de Occidente?

Cormac cogió el vaso de vino que le tendió un servidor de piel sombría, y bebió a grandes tragos.

- Nada notable, dijo. En Francia, el rey cuenta sus querellas con los nobles. Ricardo, según dicen, está encerrado en alguna cárcel de Germania -si vive aún-. En Inglaterra, Shane -quiero decir Juan- oprime al pueblo y traiciona a los barones. Y en Irlanda... ¡al infierno! -sonrió brevemente y sin alegría-. ¿Qué diría de Irlanda

sino siempre la misma y eterna historia? Gaëls y extranjeros se matan entre sí y conspiran juntos contra el rey. John de Coursey, después de Hugh de Lacy le suplantó y se ha convertido en el nuevo gobernador , echa pestes como un demente quemando y saqueando la comarca, mientras Donald O'Brien se esconde al oeste y destruye aquello que subsiste. Sin embargo pienso, ¡por Satán!, que la situación en Ultramar no es mucho más brillante.

- Bueno, la paz reina más o menos en el momento presente, murmuró Rupert.

- En verdad... la paz... durará hasta que ese chacal de Saladino reúna a sus tropas, gruñó Cormac.¿Crees que puede permanecer inactivo mientras Acre, Antioquía y Trípoli están aún en manos de los cristianos? No espera más que un pretexto para apoderarse de los vestigios de Ultramar.

Maese Rupert sacudió la cabeza con los ojos sombríos por la tristeza.

- ¡Qué áspero y sangriento es este país! Y aunque ésto parezca una blasfemia, yo maldigo de buena gana el día que seguí a mi rey a Oriente. A menudo pienso en los verjeles de Normandía, sus espesos feraces bosques, sus viñedos cubriendo los collados. Creo que los momentos más felices de mi vida se remontan a la época en que fui paje. Tenía doce años...

- Con doce años, gruñó Cormac Fitzgeoffrey, yo era un joven salvaje que corría semidesnudo por los pantanos en compañía de gallardos de cabellos hirsutos... Vestía pieles de lobo, pesaba más de ochenta y ocho kilos, y ya había matado a tres hombres.

Maese Rupert miró con curiosidad a su amigo. Separado como estaba de la tierra natal de Cormac por la extensión de un mar y la anchura de la Bretaña, el normando poco sabía de la lejana isla. Pero vagamente recordaba que la vida de Cormac no había sido fácil. Odio en los irlandeses y menosprecio en los hombres del Norte, y él tuvo

que rechazar el menosprecio y los malos tratos con un odio salvaje y una venganza implacable. Sólo sabía que daba muestras de cierta elegancia en la gran casa de Fitzgerald, el cual, siendo tan gaélico como normando, comenzó por esa época a intentar conciliar las costumbres y querellas de los irlandeses.

- Tienes otra espada en lugar de la que llevabas la última vez que te vi.

- Se rompen entre mis manos, respondió Cormac. Tres sables turcos sirvieron para forjar la espada que utilicé en Joppé... pero se rompió como vidrio en el curso de ese combate naval en la costa de Sicilia. Esta la he cogido del cuerpo de un rey del mar... un hombre del Norte que dirigía una incursión sobre Munster. La espada fue forjada en Noruega...¿Ves estos motivos paganos sobre el acero? Desenvainó la espada y la larga hoja brilló con reflejo azulado, como una criatura viviente a la luz de la vela. Los sirvientes se santiguaron y Maese Rupert movió la cabeza.

- No debiste desenvainarla aquí... se dice que la sangre sigue a una espada.

- De todos modos, la sangre sigue mis pasos, gruñó Cormac. Esta hoja ya ha visto la sangre de los Fitzgeoffrey... con ella, el rey del mar nórdico mató a mi hermano Shane.

-¿Y llevas al costado una espada así?, exclamó con horror Maese Rupert. Esa espada maléfica no te traerá nada bueno, Cormac.

-¿Por qué no?, preguntó con irritacion el gigantesco guerrero. Es una buena hoja... y he borrado la mancha de sangre de mi hermano, matando a aquél que le había matado. Por Satán, que era verdaderamente magnífico de ver ese rey del mar en su coraza de escamas de plata. Su casco, igualmente de escamas de plata, era sólido... no obstante, hacha, casco y cráneo... los rompí de un solo golpe.

- Tenías otro hermano,¿no es así?

- En efecto... Donald. Eochaidh O'Donnell; arranqué y robé su corazon después de la batalla de Codmanagh. Una vieja querella había entre nosotros, y pudiera ser que Eochaidh tratara de evitarme para no despertarla... sin embargo, tomé al asalto el castillo de O'Donnell y lo incendié... O'Donnell se quemó vivo, prisionero de las llamas.

-¿Por qué razón has participado en la Cruzada?, preguntó con curiosidad Maese Rupert. ¿Acaso fuiste empujado por la necesidad de purificar tu alma combatiendo a los paganos?

- Irlanda se estaba volviendo demasiado peligrosa para mí, respondió Cormac Fitzgeoffrey con franqueza. El señor MacGearailt -James Fitzgerald- deseaba hacer la paz con el rey de los ingleses y yo temí que buscara ganar su favor entregándome a su gobernador. Como la mayoría de los clanes irlandeses mostraban un odio feroz hacia mi familia, no tenía lugar alguno a donde ir. Así que cuando ví al joven Eamonn Fitzgerald picado con el reclamo de la Cruzada, pensé tentar a mi suerte en Escocia. Al final le acompañé.

- Pero tú has ganado el favor de Ricardo... Cuéntame cómo sucedió.

- La historia es corta. Ocurrió en los llanos de Azotus, ¡Tú estabas allí!, cuando nos batíamos cuerpo a cuerpo con los turcos. Mientras combatía solo con el hombre más fuerte de la refriega, y en torno mío cascos y turbantes estallaban y se fundían como huevos, me fijé en un potente caballero en primera fila de nuestras líneas. Se abría una brecha que cada vez se hundía más en las compactas filas de los paganos; la pesada maza que portaba dejaba caer un líquido como agua, de sesos

reventados. Pero su escudo estaba tan abollado y su armadura tan llena de sangre, que era incapaz de ver de quién se trataba. De pronto, su caballo cayó, y en un instante estuvo rodeado por todas partes y por el solo hecho de su nombre de demonios aullantes que amenazaban con hacerle pedazos.

Entonces abríme camino, puse pie a tierra...

-¿Pusiste pie a tierra?, exclamó estupefacto Maese Rupert.

Irritado por esta interrupción, Cormac enderezó la cabeza.

-¿Y por qué no?, habló secamente. No soy yo como esos caballeros franceses -un tanto afeminados- que tienen miedo de andar sobre el lodo... de todas formas, me bato mejor a pie. A continuación, de dos o tres golpes de espada, hice retroceder a nuestros adversarios. Cuasndo el caballero cayó a tierra -estaba menos amenazado y acosado de cerca- mugiendo como si de un toro se tratara, se alzó y balanceó sus armas llenas de sangre y de sesos, con tal furor, ¡que a punto estuvo también de romperme el cráneo, como a los turcos!. Una carga de caballeros ingleses hizo replegarse a los paganos, y en el momento que el caballero elevó la visera de su casco, observé que había acudido en ayuda de Ricardo de Inglaterra.

-¿"Quién eres tú y cuál es el nombre de tu señor?", preguntó.

- "Soy Cormac Fitzgeoffrey y no tengo señor, respondí. He seguido al joven Eamonn Fitzgerald hasta Tierra Santa; el cayó ante la muralla de Acre y yo tiento solo a mi suerte".

-¿" Te gustaría tenerme por señor?", preguntó mientras la batalla hervía a menos de un tiro de arco.

- "Te bates demasiado bien para uno que tiene sangre sajona en sus venas, pero no juro yo obediencia a ningún rey inglés".

Ricardo se puso a jurar como un carretero.

-¡"Por las tunicas de todos los santos!, dijo, esa respuesta le hubiera costado la cabeza a cualquier otro hombre. Me has salvado la vida, pero en razón de tu insolencia, ¡ningún príncipe podrá hacerte

caballero!".

-¡"Guarda tus títulos de caballero y vete al diablo! , repliqué. En Irlanda, soy jefe de clan... pero estamos perdiendo un tiempo precioso en vanas palabras. Veo allí cabezas paganas que aún es preciso romper".

Mas tarde Ricardo me hizo llamar y fui admitido a su presencia. Se mostró muy alegre conmigo; es famoso bebedor y le gusta bromear. Pero desconfío de los reyes... formé parte del séquito de un caballero francés un hombre joven y valeroso... Maese Gérard de Gissclin; era un valiente guerrero, pero su cabeza estaba llena de estúpidas ideas caballerescas.

Códice S. XIII

Cuando la paz fue firmada con los ejércitos enemigos, continuó Cormac Fitz-geoffrey, me llegaron rumores de que las disputas existentes entre los Fitzgerald y los Botelier se habían reanudado. El señor Shamus había sido asesinado por Nial MacArt y, gozando yo del favor del Rey, tomé permiso de Maese Gérard y volví a Irlanda. Una vez allí, a fe mía, redujimos a Ormond a base de antorcha y espada, y colgamos al viejo William Le Botelier de su propia barba. Después, como por el momento los Geraldineno tenían más necesidad de mi espada, recordé a Maese Gérard, a quien debía la vida, y pensé que había llegado el momento de pagar mi deuda. Dime, Rupert, ¿habita aún en su castillo de Ali-El-Yar?.

El rostro de Maese Rupert palideció súbitamente, y se inclinó hacia atrás como queriendo evitar algo. La cabeza de Cormac se

enderezó vivamente y su sombrío rostro se hizo aún más amenazante y siniestro. Asió el brazo del normando de forma involuntariamente brusca.

- Habla, compañero, dijo Cormac con voz ronca.¿Qué le ha pasado?.

- Gérard de Gissclin, susurró a media voz Maese Rupert. ¿Lo ignoras, pues?. El castillo de Ali-El-Yar no es más que ruinas calcinadas y Gérard ha muerto.

Cormac gruñó como un perro rabioso y sus terribles ojos centellearon con luz terrorífica. En su emoción, se puso a sacudir violentamente a Maese Rupert.

-¿Quién ha hecho eso?. Si lo han matado...¡fue el Emperador de Bizancio!.

- No lo sé, jadeó Maese Rupert, medio aturdido por el furor de Cormac Fitzgeoffrey que tan súbitamente había explotado. Rumores inmundos han circulado... afirman algunos que Maese Rupert se enamoró de una joven muchacha perteneciente al harén de un jeque. Una banda de feroces jinetes surgió del desierto y tomó al asalto su castillo. Un caballero acertó a escapar y fue a pedir ayuda al Barón Conrad von Gonler. Pero Conrad se negó.

- En verdad, gruñó Cormac con un gesto salvaje, Conrad aborrecía a Gérard!, porque, hace ya tiempo de esto, este último, su cadete desde hacía muchos años, le había llevado a duelo a espada por su perfidia, bajo los ojos de Federico Barbarroja.¿Qué pasó después?.

- El castillo de Ali-El-Yar cayó con todos sus defensores. Sus cadáveres desnudos y mutilados yacían entre los escombros, pero no se ha encontrado el cuerpo de Gérard. Nadie sabe si murió antes o después del ataque. Pero una cosa es segura: está muerto, pues no se ha pedido ningún rescate.

-¡Así es como Saladino hace respetar el tratado de paz!,

Maese Rupert, que conocía el odio violento e irracional de Cormac hacia la figura del Gran Sultán kurdo, sacudió la cabeza.

- No ha sido su obra... las disputas estallan constantemente a lo largo de la frontera, tanto por el lado cristianao como por el musulmán. Esto no puede ser de otra manera, con los barones francos ocupando los castillos en el corazón mismo del país mahometano. Existen numerosas disensiones personales y hay tribus salvajes, del desierto o las montañas, que no reconocen a ningún soberano, y que dirigen sus propias guerras. Muchos piensan que es el jefe Nureddin El Ghor, quien ha reducido a cenizas Ali-El-Yar, y el que ha hecho morir a Gérard.

Rapidamente agarró su casco.

-¡Espera!, exclamó Maese Rupert levantándose.¿Qué vas a hacer?.

Cormac estalló en feroz carcajada.

-¿Que qué voy a hacer?. He robado el pan de los Gissclin.¿Soy un chacal para volver furtivamente a mi casa y abandonar a mi bienhechora las alimanas?.¡No puede ser!.

-¡Espera pues!, se apresuró a decir Rupert.¿Qué valdrá tu vida si partes solo, tras la huellas de Nureddin?. Voy a ir a Antioquía a reunir a mis hombres; vengaremos juntos a tu amigo.

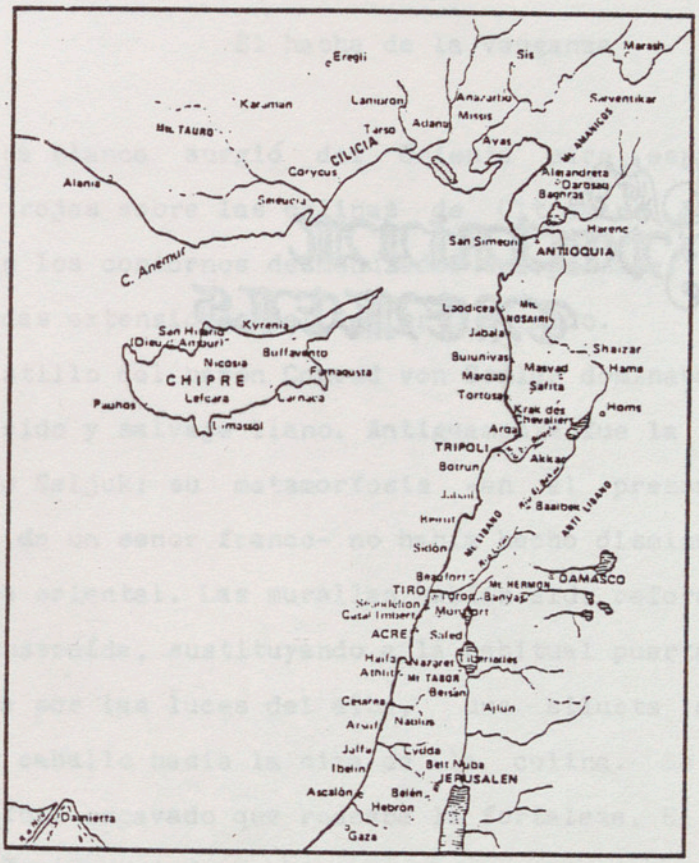
- Nureddin es un jefe medio independiente y yo un aventurero sin señor, gruñó Cormac Fitzgeoffrey. Si atraviesas con tus tropas la frontera, ese puerco de Saladino aprovechará para romper la tregua y fundir los vestigios de Ultramar. Estos pequeños reinos no son más que frágiles conchas, a decir verdad, la sombra del esplendor de Bauduino y Bohemundo. No... los Fitzgeoffrey se vengan sin la ayuda de nadie. Iré... solo.

Cormac Fitzgeoffrey se puso su casco y, con un brusco "Adiós" se dio la vuelta y se dirigió hacia la noche, lanzando un rugido para reclamar su caballo. Un tembloroso servidor acercó el gran semental negro que se encabritó y resopló, recogiendo sus narices sobre los dientes de peligroso destello. Cormac cogió las riendas y tiró

brutalmente hacia abajo, saltando a la silla incluso antes que los cascos delanteros tocaran el suelo.

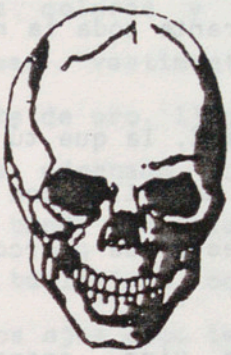
-¡Odiar y saborear su venganza!, aulló Cormac Fitzgeoffrey salvajemente, mientras rápido galopaba el gran semental negro.

Maese Rupert le vio partir con estupefacción y oyo el golpeteo de los cascos herrados decrecer rápido en la lejanía. Cormac Fitzgeoffrey se dirigía hacia el Este.



© S. Runciman

DELIRIUM TREMENS



©Marvel Comics Group

2

El hacha de la venganza

El alba blanca surgió del Oriente para espandirse en ondas rosadas y rojas sobre las colinas de Ultramar. Los ricos matices suavizaban los contornos desmenuzados del paisaje, profundizando en las azuladas extensiones del desierto dormido.

El castillo del barón Conrad von Gonler dominaba con su sombría masa un árido y salvaje llano. Antiguamente fue la plaza fuerte de los turcos Seljuk; su metamorfosis -en el presente era la casa solariega de un senor franco- no había hecho disminuir su amenazadora apariencia oriental. Las murallas habían sido reforzadas, y una nueva puerta construída, sustituyendo a la habitual puerta de largas hojas.

Orlada por las luces del alba, una silueta sombría y severa guiaba su caballo hacia la cima de la colina. Se detuvo ante el profundo foso excavado que rodeaba la fortaleza. El caballero golpeó con el puño enguantado en hierro sobre su escudo, provocando sonidos que repercutieron sobre las colinas próximas. Un guardián dormido asomó cabeza y pica por debajo del muro surmontante de la puerta y mugió un¿"Quién vive"? en dirección al intruso.

El caballero echó hacia atrás su cabeza encasquetada, descubriendo un rostro desencajado por el furor, que no había apaciguado una cabalgata durante toda la noche.

-¡Buena guardia, en verdad, la que tú montas!, rugió Cormac.¿Será ésto porque os entendéis de maravilla con los paganos?... ¿No teméis acaso ataque alguno?¿Dónde está ese puerco embebido que llamas tu soberano?.

- El barón está harto de vino, respondió el soldado en tono desagradable y en mal inglés.

-¿A estas horas?, se extrañó Cormac.

- Nones, replicó el otro con una sonrisa helada. Ha estado de fiesta toda la noche.

-¡Saco de vino! ¡Glotón!, echó pestes Cormac. Dí a tu señor que tengo que arreglar un asunto con él.

- ¿Qué asunto queréis tratar, señor Fitzgeoffrey?, preguntó impresionado el hombre.

-¡Dile solamente que le traigo un salvoconducto para el infierno! gruñó Cormac rechinando los dientes. El soldado, aterrorizado, desapareció como una marioneta al extremo de un hilo.

Cormac Fitzgeoffrey esperó con impaciencia, erguido sobre el caballo, el escudo fijado a sus espaldas, la lanza calada en el soporte de su armadura. Para su sorpresa, la puerta se abrió súbitamente. Una extraña silueta avanzó marchando con aires de importancia. El barón Conrad von Gonler era pequeño y gordo, ancho de espaldas y barrigón, aunque aún joven. Sus largos brazos y sus espaldas le habían dado reputación de temible pero, por el momento, no tenía nada de guerrero. Alemania y Austria enviaron un número de paladines a Tierra Santa. El barón Conrad von Gonler no pertenecía a esa categoría.

Su única arma era una daga trabajada en oro, enfundada en un

forro ricamente adornado. No llevaba coraza y su resplandeciente vestido de sedería, de vivos colores y brocado en oro, era una curiosa mezcla de fastuosas vestimentas europeas y adornos orientales. Tenía un cubilete de oro, lleno de vino, en una mano, en la cual cada dedo estaba adornado con una enorme gema de centelleantes reflejos. Una banda de alegres invitados vacilantes apareció tras él... enanos, bailarinas, compañeros de borrachera con aire atontado. Inclinaron los ojos como lechuzas a la luz del día. Todos los lamedores de botas, babeantes de marmita, y otras sanguijuelas que acudían loca y ordinariamente alrededor de un señor rico y degenerado, estaban allí... el despojo de dos razas. La lujuria de Oriente, el envilecimiento y la destrucción, habían obrado rápidamente sobre el barón von Gonler, haciendo de él un libertino.

- Y bien, dijo el barón con voz fuerte,¿quién es el que así osa interrumpir mis libaciones?

- Todo el mundo, salvo un borracho, reconocería al momento a Cormac Fitzgeoffrey, gruñó Cormac -su labio superior recogiéndose en una mueca de desprecio, descubriendo sus dientes sólidamente plantados- . Tenemos una cuenta que arreglar.

Ese nombre, y el tono de voz de Cormac. hubieran bastado para desencajar a cualquier caballero sobrio de Ultramar. Pero von Gonler no sólo estaba ebrio, sino que además era un degenerado y un imbécil. El barón bebió un largo trago de vino, mientras que su banda de patanes miraba con curiosidad la silueta salvaje del otro lado del foso desecado que había entre ellos.

- En otro tiempo fuiste un hombre, von Gonler, dijo Cormac con voz venenosa. En el presente, no hay más que verte, no eres sino un vil libertino. Pero el asunto que me trae aquí es otro... ¿Por qué razón rechazaste socorrer a Maese de Gissclin?

La cara hinchada y arrogante del germano se hizo aún más altanera,

mordiose sus labios carnosos con desdeñoso aire, mientras sus ojos guiñaban como los de una lechuza por encima de su bulbosa nariz; ésto provocó un rechinar de dientes en Cormac.

-¿Qué significaba ese francés para mí?, replicó brutalmente el barón. El fue el único responsable de su error... Podía elegir entre mil nujeres, y ese joven imbécil intentó robarle una a un jeque que la quería para sí mismo.¿El, la pureza del honor?¡Puaj!

Añadió un grosero chiste y las criaturas que le rodeaban se miraron lanzando gritos de arrebato, haciendo poses obscenas y dando saltos. Pero el rugido de Cormac -tal y como lo hubiera lanzado un león furioso- los dejó a todos de piedra.

-¡Conrad von Gonler!, exclamó Cormac con una estruendosa voz de loco. Te trato de embustero, de ladrón y de cobarde...¡eres un hombre vil, un poltrón y un malvado!. Coge tus armas y ven a buscarme aquí, al llano, y hazlo rápido, no tengo mucho tiempo que consagrarte... debo matarte rápidamente y reanudar la marcha al galope; si no, hay otro parásito que se escapará.

El barón sonrió cínicamente.

-¿Por qué debo batirme en duelo contigo? no eres caballero. Ningún emblema de caballero figura en tu escudo.

-¡Pandilla de cobardes!, aulló Cormac. ¡Soy jefe de clan en Irlanda, y he roto cráneos de hombres que ni siquiera eran dignos de tocarme las botas!.¿Vas a coger tus armas y salir de ese castillo, o realmente te has convertido en un cerdo y un cobarde como pensaba?

Von Gonler mostró una risa de cólera desdeñosa.

- No tengo ninguna necesidad de arriesgar mi piel midiéndome contigo. No me batiré, pero si te entretienes por más tiempo, diré a mis guardias que agujereen tu carcasa a base de ballesta.

-¡Von Gonler! -la voz de Cormac era cavernosa y temible por la amenaza subyacente que contenía-,¿estás preparado para batirte, o bien quieres morir como un perro?

El germano explotó de repente en una risa estúpida.

-¡Escuchadle!, rugió. Me amenaza...¡a pesar del puente levadizo que continúa levantado, y de que está al otro lado del foso, ..., y de que yo estoy aquí, rodeado por mis guardias!

Con la palma de la mano golpeó su carnoso muslo y rugió con risa de idiota, mientras los hombres y las mujeres, envilecidos por los placeres, reían con él e insultaban al guerrero irlandés de feroz semblante. Lanzaban gritos estridentes y le hacían gestos obscenos. De repente Cormac se irguió sobre los estribos -con una amarga maldición-, agarró el hacha fijada en el arzón de su silla y la lanzó con toda su increíble fuerza.

Los soldados en lo alto de las torres dieron un grito de alarma y las bailarinas chillaron. Von Gonler se había creido fuera de alcance... pero no fue así... nadie puede protegerse de la venganza de Cormac. La pesada hacha cortó el aire silbando y destrozó el cráneo del barón Conrad.

© Marvel Comics Group

El pequeño y gordo cuerpo se desplomó en el suelo como una masa de sebo fundida... una mano blanca y rolliza apretaba el cubilete de vino vacío. Las sederías de vivos colores y los hilos de oro estaban impregnados de rojo -un rojo muy oscuro-. Bufones y bailarinas se dispersaron como una bandada de pájaros, gritando ante la visión de esa cabeza rota y esos restos ensangrentados que, apenas hacía unos instantes, habían constituído un rostro humano.

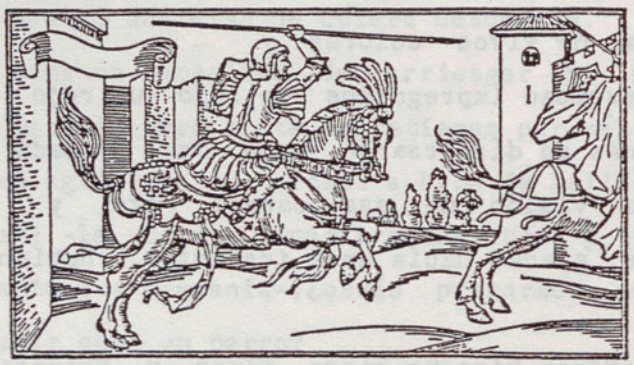
Cormac Fitzgeoffrey hizo un gesto feroz y triunfal; un ronco

aullido salió del fondo de su pecho, expresando una alegría tan salvaje que los hombres palidecieron al escucharlo. Después, haciendo girar bruscamente su corcel negro, lo lanzó al galope y se alejó, antes de que los soldados tuvieran tiempo de recobrarse y enviar una lluvia de flechas sobre él.

El bárbaro gaélico no fue muy lejos. El gran corcel estaba cansado después de la dura cabalgada de la noche pasada. Pronto, Cormac lo guió hacia un roquedo desplomado. Una vez en lo alto de las rocas, tiró de las riendas del caballo y paró. Miró hacia atrás, escrutando el camino por donde había venido. Permanecía fuera de la vista del castillo, pero no escuchaba ningún ruido de persecución. Una espera de media hora le convenció que nadie intentaba lanzarse sobre su rastro. Era peligroso y temerario abandonar la seguridad de un castillo para aventurarse en estas colinas. Muy bien pudo haber encontrado Cormac una tropa importante emboscada entre las rocas.

En todo caso, cualquiera que fuera el razonamiento de sus enemigos hacia él, era evidente, por el momento, que no había que temer ninguna tentativa de represalias. Cormac dió un gruñido de satisfacción irritada. No rechazaba jamás un combate, pero debía arreglar otro asunto, ¡lo mas rápido posible!

Cormac tomó la dirección del Este.



©F. Marco

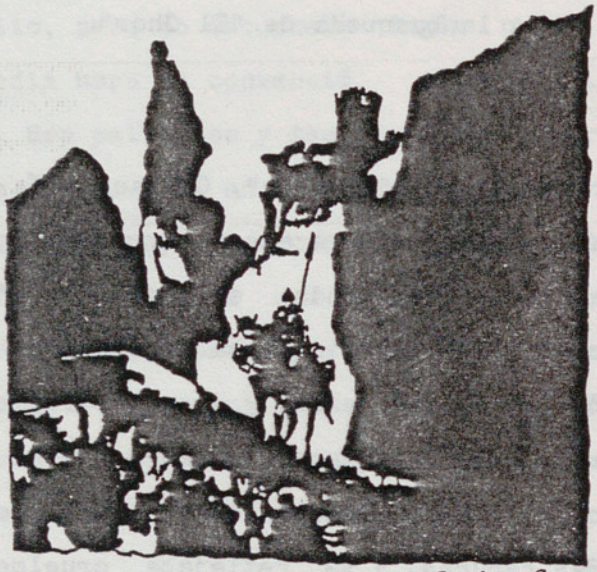
3

A la busqueda de "El Ghor"

En verdad, para encontrar "El Ghor", Cormac tenía un duro camino a recorrer. Guiaba su caballo entre enormes rocas y promontorios de formas desmenuzadas, atravesando encajonados desfiladeros y pendientes pronunciadas. El sol alcanzaba lentamente su punto más alto. Empezaba a oscilar la atmósfera y a reverberar con las ondas de calor. El sol lanzaba despiadadamente sus rayos como flechas sobre la encasquetada cabeza de Cormac, cegaba los ojos del bárbaro reducidos a pequeñas ranuras, y se reflejaba cruelmente sobre las pendientes áridas y rocosas. Pero a ésto, el gigantesco guerrero no prestaba atención alguna; había aprendido a endurecerse con el granizo, la nieve y el mordiente frío de su país natal. Y siguiendo el estandarte de Ricardo Corazón de León ante las deslumbrantes murallas de Acre, en los polvorientos llanos de Azotus y delante de Joppé, se había endurecido y habituado a los vientos de fino polvo, a los hornos de arena, al flameante brillo del sol de Oriente.

A mediodía hizo un alto para permitir al corcel negro reposar durante una hora, a la sombra de una gran roca. Conocido por él desde hacía tiempo, un minúsculo manantial fluía en este lugar; su agua

apagó la sed del hombre y la del caballo. El animal se puso a comer vorazmente en la franja de hierba que había crecido cerca del manantial y Cormac comió los pedazos de carne seca que guardaba en una bolsa. Desde que estaba con Gérard, otras veces hizo beber a su caballo aquí. Ali-El-Yar se encontraba al Oeste; Había viajado durante la noche, describiendo un largo círculo para ir al castillo de von Gonler, ya que no quiso contemplar las calcinadas ruinas de Ali-El-Yar. El jefe musulmán más próximo en importancia era Nureddin El Ghor, el cual, con su hermano de armas el seljuk Kosru Malik, ocupaba el castillo de El Ghor, en las colinas del Este.



© Marvel Comics Group

Después del rodeo dado, Cormac recuperó la dirección hacia la ardiente arena. Cuando la mitad de la tarde se aproximaba, salió de un largo y encajonado desfiladero y tomó los primeros contrafuertes de las colinas. Ya había utilizado este desfiladero para ataca a las tribus salvajes del Este; en la pequeña plataforma situada a la entrada del desfiladero, se destacaba el patíbulo donde un día Maese Gérard de Gissclin colgó a un jefe turco, como adevertencia a estas tribus.

Cuando Fitzgeoffrey se dirijía a la plataforma, vio que el árbol

de señalización contenía un nuevo fruto. Su penetrante mirada distinguió una forma humana que se balanceaba en el vacío, aparentemente retenida por las muñecas. Un guerrero de gran talla, situado al pie del patíbulo, daba ligeros golpes de lanza al infortunado, haciéndole oscilar y ondear al borde de la cuerda. El guerrero portaba el casco con punta y la coraza ligera del musulmán. Un caballo turco se hallaba en las proximidades. El hombre atado a la cuerda... era de un matiz demasiado blanco su cuerpo desnudo hacia el sol, para que fuera un turco. Cormac espoleó su negro corcel lanzándolo a rienda suelta a través de la plataforma.

Oyendo el atronador ruido producido por los cascos, el mahometano se sobresaltó y giró sobre sus talones. Dejando la lanza con la cual atormentaba a su prisionero, se montó rápidamente en la silla de su caballo, blandiendo un arco corto en el mismo movimiento. Después, su antebrazo izquierdo se deslizó por las correas de un pequeno escudo redondo, y lanzó su caballo al galope para sostener la carga del franco.

Cormac se aproximaba rápidamente en una carga impetuosa; los ojos llameantes por encima del reborde de su siniestro escudo. Sabía que el turco no le haría frente como lo habría hecho un caballero franco ... pecho contra pecho. El musulmán trataría de evitar sus cargas frontales, describiendo círculos alrededor de él, guiando hábilmente su corcel, más rápido, y disparando saeta tras saeta, hasta que una de las flechas hiriera mortalmente a su adversario. No obstante, Cormac continuó cargando con la misma impetuosidad, como si ignorara las tácticas del sarraceno.

En este instante el turco dipsaró una saeta. La flecha chocó en el casco de Cormac y rebotó. Se encontraban apenas a un tiro de lanza el uno del otro. Sin embargo, cuando el musulmán ponía una nueva flecha en la cuerda de su arco, la muerte cayó sobre él de forma imprevista. Cormac, sin moderar la marcha de su caballo, se alzó

repentinamente sobre los estribos, y cogiendo su larga lanza por la mitad la lanzó con fuerza, como si de un venablo se tratase. Este ataque inesperado, cogió al seljuk desprevenido. Cometió el error de levantar el escudo en lugar de agacharse. El hierro de la lanza atravesó el ligero escudo y chocó, como un látigo, contra el cuerpo protegido por la coraza. La punta se curvó sin llegar a traspasar las mallas de acero, pero el formidable impacto lanzó al turco por el suelo. Cuando, aturdido, buscaba frenéticamente su cimitarra, el gran corcel negro surgió, como una maza terrorífica, por encima de él. El hombre rodó, volteado y pateado por los cascos que le golpearon sin piedad, destrozado y con el cráneo roto.

Sin tan siquiera lanzar otra mirada a su víctima, Cormac guió su caballo hacia el patíbulo e, irguiéndose en la silla, observó el rostro de aquél que se balanceaba al borde de la cuerda.

- Por Satán, murumuró el gigantesco guerrero. ¡Pero si es Micaul na Blaos... Michel de Blois, uno de los escuderos de Gérard! ¿Qué obra del demonio es ésta?

Tomando su espada cortó la cuerda, y el joven, sin fuerzas, se deslizó en sus brazos. Los labios de Michel estaban agrietados e hinchados; el dolor había empañado su mirada. Completamente desnudo, a excepción de unos cortos brazaletes de cuero, el sol había quemado cruelmente su piel clara. La sangre manábale de una herida superficial en el cuero cabelludo, manchando sus cabellos rubios. Ligeras hendiduras eran visibles en sus miembros, las marcas dejadas por la lanza de su verdugo.

Cormac tendió al joven francés en el suelo, a la sombra que proyectaba el corcel inmóvil, y aproximó su cantimplora a los agrietados labios del malherido para que bebiera, gota a gota. Cuando hizo esfuerzos por hablar, Michel musitó:

- En verdad sé, que en este momento, estoy muerto, pues sólo

había un caballero de Ultramar capaz de arrojar una lanza de guerra como si fuera un venablo... pero Cormac Fitzgeoffrey murió hace varios meses. Pero si estoy muerto,¿dónde está Gérard... y Yulela?

- Deja de agitarte así... y tranquilízate, refunfuño Cormac. ¡Tú estás vivo... lo mismo que yo!

Cormac aflojó las ligaduras que se habían hundido profundamente en la carne de las muñecas de Michel; después se dedicó a friccionar y dar masaje dulcemente a sus anquilosados brazos. Lentamente, la mirada del joven fue haciédose lúcida. Al igual que Cormac, pertenecía a una raza tan dura como el acero templado. Una hora de reposo y agua en abundancia bastaron para que recobrase su prodigiosa vitalidad.

-¿Cuánto tiempo llevabas suspendido del patíbulo?, preguntó Cormac.

- Desde el alba -la mirada de Michel era expresiva a la vez que se friccionaba sus laceradas muñecas- . Nureddin y Kosru Malik dijeron que, como Maese Gérard había colgado de este lugar a uno de los suyos era conveniente que ahora fuera uno de nosotros el que adornara el patíbulo.

- Dime cómo fue muerto Gérard, gruñó el guerrero irlandés. Cuchichean algunos historias abyectas...

Los bonitos ojos de Michel se llenaron de lágrimas.

- Ya ves, Cormac; yo que le veneraba, y causé su muerte. Escucha bien... hay mucho más en este asunto de lo que parece a primera vista. Yo pienso que Nureddin y su compañero de armas están picados por la ambición y el deseo de... un imperio. Persuadido estoy que sueñan -ellos y algunos caballeros corrompidos de entre los francos- con un reino híbrido, que no dependiera de ningun soberano, ni de Saladino ni de ningún rey occidental. Ya han comenzado a edificar este imperio, apoderándose de tierras... a base de traición. Con toda certeza, Ali-El-Yar era el enclave cristiano más próximo. Maese

Gérard era un denodado caballero, ¡la paz sea con su alma!, y debían desembarazarse de él. Todo ésto lo supe por lo siguiente... ¡Dios, si lo hubiera sabido a tiempo!

Entre las esclavas de Nureddin había una joven persa llamada Yulela. Utilizando este inocente instrumento para alcanzar sus perversos propósitos... esos dos monstruos buscaron tender una trampa a mi señor... matarlo y empañar su nombre para siempre. ¡Que Dios me ayude, lograron mi gracia y mi favor... de lo contrario, habrían fracasado en sus propósitos! Te explico, pues; Gérard, mi señor, era de una honorabilidad irreprochable. Desde que, tras la invitación de Nureddin, y de una forma pacífica, se dirigió a El Ghor, no prestó ninguna atención a las adulaciones de Yulela, la cual, conforme a las órdenes de sus amos, a quienes no osaba desobedecer, fingió prenderse de él, permitiendo a Gérard posar sus ojos sobre ella. No obstante, Gérard no manifestó ningún interés ...¡y eso fue lo que yo hice... sucumbir a sus encantos!

© E. Vicente

Cormac lanzó una exclamación de disgusto. Michel agarró su brazo.

- Cormac, exclamó. Olvidas... ¡que no todos los hombre son de acero como tú! Lo juro... he amado a Yulela desde el primer instante en que mis ojos se fijaron en ella... ¡y lo mismo se produjo en su corazón! Había enconytrado el medio de verla de nuevo... de deslizarme al interior de El Ghor sin ser visto.

- Esto debe ser lo que ha dado lugar a la historia que cuentan algunos, según la cual Gérard tuvo una relación amorosa con una esclava de Nureddin, gruñó Fitzgeoffrey.

Michel se tapó la cara con sus manos.

- Todo es por mi culpa, gimió. Una noche, un mudo me trajo una carta escrita -aparentemente- por Yulela. Suplicaba que fuera con Maese Gérard y sus tropas a salvarla de una muerte horrible... nuestro amor había sido descubierto, decía la carta, y se preparaban para hacerle sufrir las torturas más atroces. Estaba loco de rabia y de miedo. Pedí ver a Gérard, y le conté todo. ¡Y él, denodado caballero de alma inmaculada, prometió ayudarme! No podía romper la tregua y atraer, de esa manera, la cólera de Saladino sobre las ciudades cristianas; por tanto, Gérard se puso su armadura y partió conmigo, solo. Queríamos ver si, en secreto, había algún modo de raptar a Yulela; en caso contrario, mi maestro iría a buscar a Nureddin y le pediría, sin rodeos, a la joven muchacha, bien como presente, o bien ofreciendo pagar una fuerte dote por su libertad. Así podría desposarla.

- Ahora bien, nada más llegar al lugar -ante las murallas de El Ghor- donde debía encontrar a Yulela, nos apercibimos que habíamos caído en una trampa. Nureddin, Kosru Malik y sus guerreros surgieron súbitamente, rodeándonos por todas partes. Se dirigió Nureddin primeramente a Gérard, explicándole la trampa que le había tendido -con aquel cebo- , esperando corromper a mi señor y así desmoronar su poder.

El musulmán estalló en risas... sólo el azar -el amor de un escudero- , había atraido a Gerard a una trampa, ¡lo que nunca un plan cuidadosamente elaborado habría acertado a lograr! En cuanto a la misiva, el mismo Nureddin la escribió, persuadido, en su astucia, que Maese Gérard actuaría exactamente como lo había hecho. Nureddin y el turco propusieron a Gérard unirse a ellos, para realizar sus sueños imperiales. Le dijeron, sin rodeos, que su castillo y sus tierras eran el precio que cierto noble, muy poderoso, exigía en contrapartida de su alianza. Pero estaban dispuestos a aliarse con

Gérard en lugar de con ese noble. Maese Gérard respondió que, durante el tiempo que le quedara de vida, seguría fiel a su rey y a su fe. Tras estas palabras, los musulmanes se lanzaron sobre nosotros en furiosa oleada. ¡Ah, Cormac, si hubieras estado allí con los soldados! Gérard aún se mostró más valiente de lo habitual... espalda contra espalda, resistimos a nuestro enemigos y juro que estábamos pisando sobre un tapiz de muertos... después cayó Gérard y yo sucumbí gritando su nombre. ¡Cristo y la Cruz!, fueron sus últimas palabras, mientras que las espadas y las lanzas de los turcos le traspasaban de parte a parte. Más tarde, su bello cuerpo, desnudo y mutilado, ¡fue lanzado para pasto de rapaces y chacales!

Michel sollozaba convulsivamente, golpeándose los puños uno contra otro en su dolor. Cormac lanzó un gruñido ronco y cavernoso, como el de un toro salvaje. Llamas azuladas centelleaban y danzaban en sus ojos.

-¿Y tú?, preguntó rudamente.

- Yo... me llevaron a un calabozo con la intención de torturarme, respondió Michel, pero, esa noche, Yulela vino a buscarme. Un viejo sirviente que la adoraba -vivía en El Ghor antes que el castillo cayera en manos de Nureddin- me liberó y nos llevó a través de un pasadizo secreto. Partía de la sala de torturas y terminaba más allá de las murallas. A pie y sin armas, fuimos a las colinas; durante días erramos, escondiéndonos de los jinetes encargados de encontrar nuestra pista y capturarnos. Ayer fuimos capturados y devueltos a El Ghor. Una flecha hirió mortalmente al viejo esclavo que nos había conducido por el pasaje secreto -desconocido para los jefes actuales del castillo- . A pesar de las amenazas de tortura proferidas por Nureddin, nos negamos a explicar cómo habíamos escapado. Hoy, al alba me envió fuera del castillo y me hizo atar a este patíbulo, dejando un solo hombre para vijilarme. Lo que haya hecho con Yulela, sólo Dios lo sabe.

-¿Sabes que Ali-El-Yar cayó?

- Si -Michel bajó la cabeza con tristeza- . Kosru Malik se encargó de ello. Las tierras de Gérard serán donadas a su enemigo, el caballero felón que aceptó ayudar a Nureddin en sus sueños de imperio

-¿Y quién es ese traidor?, preguntó dulcemente Cormac.

- El barón Conrad von Gonler. Juro ensartarlo si...

Cormac sonrió débilmente.

- Tales juramentos son inútiles. Von Gonler está en el infierno desde después del alba. Unicamente sabía que había rechazado socorrer a Gérard. De todas formas, incluso conociendo toda la verdad, no habría podido matarlo mejor.

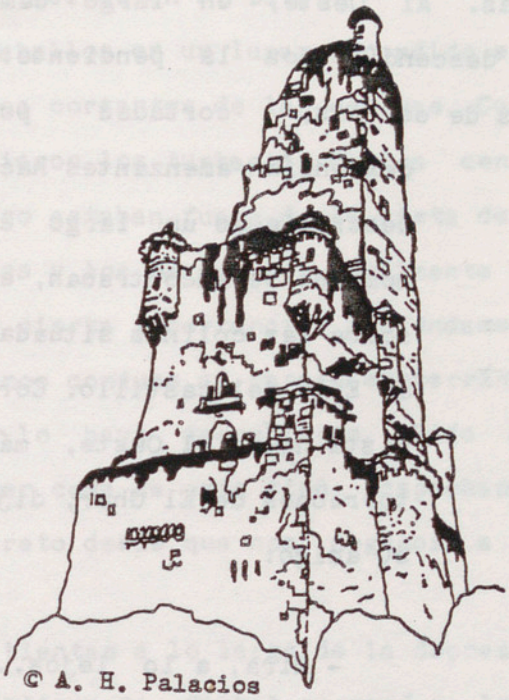
Los ojos de Michel brillaron.

-¡El honor de Gérard está a salvo!, exclamó ferozmente. ¡Te lo agradezco, viejo lobo de guerra! Uno de los traidores ha encontrado su justo castigo... y ahora,¿van a seguir vivos Nureddin y el turco cuándo hay dos hombres que defienden los colores de Gérard de Gissclin?

- Tan cierto como que el acero corta y que la sangre fluye por la herida... no!, gruñó Cormac. Háblame de ese pasadizo secreto... no, no perdamos un tiempo precioso en palabras... muéstrame el pasadizo. Si has escapado por ahi,¿por qué no entrar en el castillo por el mismo camino? Venga... coge las armas de esta carroña, mientras yo alcanzo su caballo... le he visto pacer allí, entre las rocas. No tardar en caer la noche; puede que dé tiempo de introducirnos en el interior del castillo... enseguida...

Sus poderosos puños se cerraron, como temibles martillos de acero , y sus ojos centellearon con una siniestra luz; todo su ser expresaba un deseo evidente... unos sucesos a desarrollarse donde sólo habría lugar para la carnicería y el incendio, las lanzas traspasando pechos y las espadas quebrando cráneos.

DELIRIUM
TREMENS



4

El juramento de Cormac

Desde que Cormac Fitzgeoffrey reemprendió la ruta que conducía a El Ghor, se podría creer a primera vista, que era un turco quien le acompañaba. Michel de Blois llevaba el casco con punta y montaba el caballo turco. Había pasado por su cinturón la cimitarra curva y fijado a su espalda el escudo y el carcaj de flechas del hombre que mató Cormac. Pero no se había puesto la coraza ligera, pues los cascos del animal estaban dislocados y abollados.

Los dos hombres se internaron en las colinas tomando desvíos, con

FE de ERRATAS.

PAG. 7,8 ..... línea 16; "...posiblemente influyeron en..."

POR

"...posiblemente influyeran en..."

línea 31,1; "...expedici- ón..."

POR

"...expedi- ción..."

PAG. 16 ..... línea 3; "...después de Hugh de..."

POR

"...después que Hugh de..."

PAG. 19 ..... línea 13; "...cuamndo..."

POR

"...cuando..."

PAG. 20 ..... línea 26; "...los Geraldineno tenían..."

POR

"...los Geraldine no tenían..."

PAG. 22 ..... línea 2; "...cristianso..."

POR

"...cristiano..."

línea 15; "...bienhechora..."

POR

"...bienhechor a..."

línea 24; "...Bauduino..."

POR

"...Balduino..."

PAG. 25 ..... línea 2: "...espandirse..."

POR

"...expandirse..."

PAG. 28 ..... línea 6; "...mujeres..."

POR

"...mujeres..."

PAG. 36 ..... línea 27; "...encontrado..."

POR

"...encontrado..."

PAG. 38 ..... línea 2: "...seguría..."

POR

"...seguiría..."

línea 30; "...vijilarme...

POR

"...vigilarme..."

PAG. 39 ..... línea 24; "...tardar..."

POR

"...tardará..."

PAG. 53 ..... línea 16; "...lasitud..."

POR

"...laxitud..."

PAG. 64 ..... línea ; "...BONITO LISERE DE..."

POR

"...BONITO LISERERE DE..."

PAG. 66 ..... línea 10: "...castrban..."

POR

"...castraban..."

PAG. 68 ..... línea 17; "...ejrcía..."

POR

"...ejercía..."

línea 27; "...chiles..."

POR

"...chilles..."

PAG. 78 .....línea 17; "...aquél podía ser..."

POR

"...aquél puede ser..."

y algunas más.

Rogamos también disculpas por la mala enmaquetación y el mal corte.

Bañando está las prisiones
con lágrimas que derrama

el fin de evitar los puestos avanzados. El crepúsculo había caido cuando divisaron, por fin, las torres de El Ghor. El castillo se erguía tosco y sombrío en un altozano, flanqueado en tres de sus lados por áridas colinas. Al Oeste, un largo camino partía del castillo y culebreando descendía por la pendiente. En las otras vertientes, las cadenas de colinas, cortadas por barrancos, descendían amenzantes hacia las murallas. Describiendo un largo círculo los dos hombres se encontraban, en ese momento, sobre las colinas situadas prácticamente al Este del castillo. Cormac, fijando su vista hacia el Oeste, más allá de los torreones de El Ghor, dijo de repente a su amigo:

- Mira, a lo lejos... una nube de polvo en el llano.

Michel sacudió la cabeza.

- Tú vista es aguda y penetrante, más que la mía...¡eso sirve de mucho! Las colinas están tan borrosas por las sombras azuladas del crepúsculo que apenas distingo la llanura que se extiende a lo lejos... ¡y menos un movimiento o una nube de polvo!

- A menudo, mi vida ha dependido de mi buena vista, comentó el bárbaro. Observa mas atentamente...¿ves esa especie de avanzada de tierra que se hunde en las colinas, formando como un largo valle al Norte? Un grupo de jinetes, en ruda cabalgada, vienen de atravesar los desfiladeros, a juzgar por la nube de polvo que levantan los cascos de los caballos. Sin duda es una banda de saqueadores que

regresan a El Ghor. Perfecto... van a alcanzar las colinas, pero no llegarán al castillo antes de varias horas. Pongámonos a trabajar... ¡ya brillan las estrellas en el Este!

Ataron sus caballos en un lugar escondido entre las torres y los pequeños barrancos cortantes de las colinas. Con las últimas luces de poniente, percibieron los turbantes de los centinelas apostados en las murallas, pero estaban fuera de la vista de éstos, deslizándose entre los roquedos y los barrancos. Finalmente Michel se dirigió a una hendidura de cierta importancia, profundamente encajonada.

- Este barranco conduce al pasaje subterráneo, dijo. Pido a Dios que Nureddin no lo haya descubierto. Dijo a sus guerreros que buscaran cualquier cosa de este tipo, sospechando la existencia de algún pasaje secreto desde que nos negamos a decir como habíamos escapado.

Avanzaron a tientas a lo largo de la depresión, que se estrechaba cada vez más. Súbitamente, Michel se paró y lanzó una exclamación. Cormac avanzó la mano y sintió unos barrotes de acero bajo sus dedos. Con los ojos ya acostumbrados a la obscuridad, distinguió una abertura: parecía la entrada a una gruta. Sólidos apoyos de hierro habían sido empotrados en la roca, a los cuales estaban fijados gruesos barrotes, demasiado próximos entre sí para permitir a un ser humano, por muy delgado que fuere, deslizarse entre ellos.

- Encontraron el tunel y lo han cerrado con esta reja, gimió Michel. Cormac,¿qué haremos ahora?

Cormac se aproximó a los barrotes y posó sus manos sobre ellos para tentar su solidez. La noche había llegado. Estaba tan obscuro en el barranco que incluso sus ojos de gato percibían mal los objetos próximos. El gigantesco guerrero inspiró profundamente. Cogiendo un barrote con cada mano, hincando sus pies en el suelo, dobló ligeramente sus piernas de acero y desplegó, lentamente, toda su increíble fuerza. Michel observábale con estupor; veía sus grandes

músculos hincharse y marcarse bajo la coraza flexible, las venas brotar sobre la frente del gigante y el sudor resbalar sobre su rostro. Los barrotes gimieron y se agrietaron. Un sonoro gruñido brotó de los labios de Cormac, en el momento en que Michel recordaba que este hombre era más fuerte que el mismo rey Ricardo. Simultáneamente, los barrotes cedieron entre sus manos de hierro, como si se tratara de cañas. Literalmente uno de ellos se rompió, arrancado de su lugar; los otros fueron profundamente doblegados. Cormac jadeó, resopló cuando el sudor picó en sus ojos, y lanzó la barra arrancada a un lado.

- Por todos los santos, murmuró Michel. ¿Eres un hombre o un diablo, Cormac Fitzgeoffrey? ¡Hubiera jurado que esta hazaña era imposible, incluso para tí!

- Demasiada charla, gruñó el bárbaro. Debemos actuar rápido... debemos deslizarnos entre esas barras. Sin duda un guardia estará apostado en el fonfo de este túnel, pero es un riesgo a correr. Ten el acero preparado y sigueme.

Había tanta obscuridad como en las mismas fauces del infierno. Avanzaron a tientas, esperando a cada instante caer en alguna trampa. Michel, pisando los talones a su amigo, maldecía los latidos de su propio corazón y estaba maravillado ante los movimientos del gigante, que se desplazaba sigilosamente sin hacer el menor ruido.

Los dos hombres tuvieron la impresión de avanzar en las tinieblas durante una eternidad. Cuando Michel se inclinó ante Cormac para susurrarle que debían ya encontrarse al otro lado de las murallas del castillo, percibieron una débil luz ante ellos. Continuaron silenciosamente, para detenerse detrás de un codo que formaba el pasadizo: la luz provenía del otro lado. Mirando muy despacio por el perfil del codo, vieron que la luz procedía de una antorcha fijada en un nicho de la pared. Un turco de gran talla se hallaba no lejos de allí: el hombre bostezaba, apoyado sobre su lanza. Dos musulmanes más

se hallaban en las proximidades y dormían, envueltos en sus capotes. Era evidente que Nureddin no se fiaba sólo de los barrotes que cerraban la entrada del subterráneo.

- Los guardias, susurró Michel y Cormac agachó la cabeza. Retrocedió y agarró a su compañero para que le siguiera. La mirada prudente del bárbaro había localizado una serie de peldaños de piedra más allá de los guerreros; una puerta maciza se adivinaba al final de la escalera.

- Aparentemente, son los únicos hombres encargados de guardar el túnel, murmuró Cormac. Ocúpate del que está despierto...¡y no falles!

Michel cogió su arco y tomó una flecha, aproximándose al codo formado por el pasadizo; después apuntó cuidadosamente a la garganta del turco. Maldecía interiormente la luz de la antorcha, vacilante y engañosa. De pronto, el guerrero somnoliento irguió vivamente la cabeza. Lanzó una mirada desafiante en su dirección, mientra sus ojos brillaban con un tono de sospecha. Simultáneamente un ruido seco resonó cuando Michel disparó la flecha. El turco se tambaleó y se desplomó, lanzando un horrible gorgojeo y buscando, desesperadamente, arrancarse el dardo que traspasaba, de parte a parte, su cuello de toro.

Los otros dos, despertados por los sobresaltos de su camarada y por el ruido repentino de una carrera, se irguieron... y fueron cortados en tajos mientras buscaban sus armas a tientas y se frotaban los ojos aún semicerrados.

- Un trabajo rápidamente ejecutado, gruñó Cormac sacando su hoja maculada de gotas rojas. Y silencioso... añadió, ahora, si esa puerta de allí está cerrada, ésto no habrá servido para nada y no podremos ir más lejos.

Pero la puerta no estaba cerrada, como era lógico pensar dada la presencia de los dos guerreros en el subterráneo. Cormac entreabría sin ruido la pesada hoja de bronce, cuando un expresivo lamento de

sufrimiento vivo, llegó hasta ellos e hizo que se crisparan.

-¡Yulela!, exclamó Michel palideciendo.¡Es la sala de torturas, y esa voz... ! En el nombre de Dios, Cormac...¡actuemos!

El gigantesco bárbaro empujó brutalmente la puerta y saltó como un tigre abalanzándose sobre su presa. Michel le pisaba los talones. Pero quedaron paralizados como estatuas de hielo. Efectivamente aquella era la sala de torturas -no había duda alguna- , en suelo y muros se hallaban dispuestos o enganchados todos los instrumentos demoníacos que el hombre ha inventado para atormentar a sus semejantes. Tres personas se encontraban en el lugar: dos hombres de rostro bestial que, sorprendidos cuando los cristianos hicieron su aparición, levantaron la cabeza. La tercera persona era una chica joven: estaba atada a una especie de banco, desnuda como el día en que nació. El carbón ardiente rugía en los braseros próximos; uno de los mudos se preparaba a coger las tenazas calentadas al rojo. Contraído sobre si mismo las mantenía con temor, con el brazo extendido.

Un terrible grito se escapó de la blanca garganta de la joven cautiva.

-¡Yulela!, exclamó salvajemente Michel. A continuación se lanzó en su dirección, mientras que una bruma roja flotaba ante sus ojos. Intentando cerrarle el paso uno de los mudos de cara bestial se interpuso blandiendo una espada corta. El joven franco, sin detenerse batió su cimitarra describiendo un impetuoso arco. La hoja curvada seccionó en dos el cuero cabelludo y el cráneo del hombre. Librando su arma de la cabeza abierta con una brutal torsión, se arrodilló junto al caballete. Un violento sollozo escapó de su garganta:

-¡Yulela! ¡Yulela!, amor mío,¿qué te han hecho?

-¡Michel, mi bien amado! -sus grandes ojos negros parecían dos estrellas en el seno de la bruma-. Sabía que vendrías. No me han torturado... a parte de algún latigazo... pero se disponían a hacerlo...

Durante este tiempo, el otro mudo llevando un puñal en su mano, se había deslizado hacia Cormac como una serpiente.

-¡Satán!, gruñó el bárbaro. No mancharé mi hoja con sangre tan vil...

Rápidamente su mano izquierda se movió y agarró la muñeca del mudo. Resonaron los huesos rompiéndose. El puñal voló de la mano del hombre cuando sus dedos se separaron bruscamente como si su mano fuera un guante al que hubieran soplado en el interior. Salpicó la sangre de las extremidades de los dedos, y la boca del mudo se abrió en un grito de dolor silencioso. En ese instante, la mano derecha de Cormac se cerró sobre su garganta, y apretó: un chorro de purpúrea sangre brotó de entre los distendidos labios. Los dedos de acero del bárbaro trituraron carne y vértebras, reduciéndolas a una papilla escarlata.

Lanzando a un lado el cuerpo inerte, Cormac se volvió hacia Michel, el cual ya había desatado a la chica. Tan grande era su alivio y su alegría, que la aplastaba entre sus brazos y la apretaba contra él. Una pesada mano se posó sobre su espalda, recordándole la

situación actual. Cormac encontró un capote, que extendió sobre las desnudas espaldas de la mujer.

-¡Partid sin demora!, alzó su voz. Sin ninguna duda, otros vendrán a relevar a los guardias apostados en el subterráneo. Espera, no tienes coraza, coge mi escudo... no, no discutas. Probablemente tendrás necesidad de proteger a la chica si vosotros... si nos vemos perseguidos. Moveos rápido...

- Pero...¿y tú, Cormac?, quiso saber Michel.

- Voy a apilar los bancos contra esa puerta de ahí, así retrasaré a los eventuales perseguidores, respondió el bárbaro. Os alcanzaré enseguida. Pero no me esperéis. Es una orden. ¿Entiendes? Apresuraos por el túnel y volved junto a los caballos. Una vez allí, montad en el caballo turco, sin esperarme, ¡y partid a rienda suelta! Os alcanzaré por otra ruta... si, ¡una ruta que sólo yo puedo tomar! Id a buscar a Maese Rupert de Voile, de Antioquía. Es amigo, ¡partid ahora, rápido!

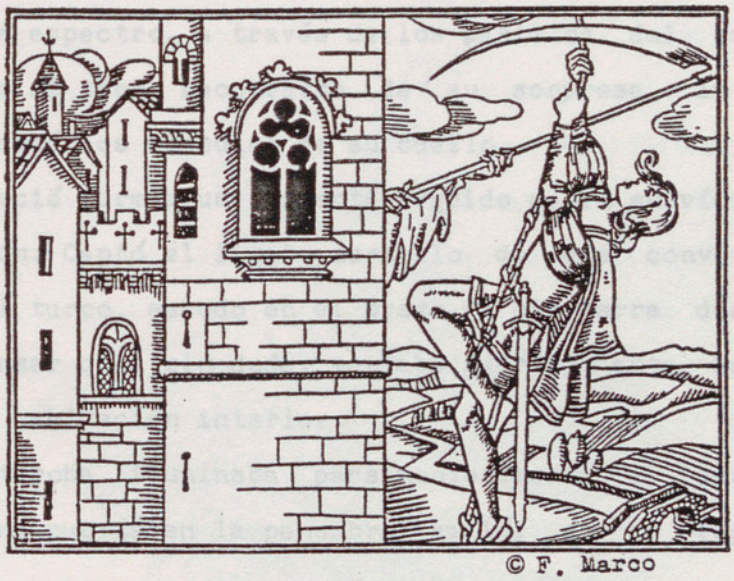
Cormac permaneció un instante en la entrada de la sala, y miró a Michel y la chica descender rápidamente la escalera. Pasaron junto al lugar donde yacían los centinelas y desaparecieron al otro lado del codo formado por el pasadizo. El bárbaro dio media vuelta y cerró la puerta de la sala de torturas. Atravesando con rapidez la habitación, tiró del cerrojo de la otra puerta y la abrió de un empujón. A su mirada se ofreció una hilera de peldaños que subían hacia lo alto. El rostro de Cormac estaba impasible. Había decidido libremente su sino.

El bárbaro era hombre que aprovechaba cada ocasión que se le presentaba. Sabía que sólo la suerte le habia permítido introducirse en el corazón mismo de la ciudadela de sus enemigos... y que la suerte no estaría siempre de su lado. La vida estaba llena de incertidumbres en Ultramar; si esperaba una mejor ocasión para caer sobre Nureddin y Kosru Malik, ¡correría el riesgo de que ésta no se le

presentara jamás! Si quería saciar la venganza que su alma bárbara ansiaba con ardor, debía actuar...¡ahora o nunca!

Perdería, sin duda, la vida llevando a cabo esta venganza, pero ésto no suponía diferencia alguna. Su convicción era que los hombres nacían para morir con el arma en la mano, y Cormac Fitzgeoffrey, en el fondo de su alma, tenía la creencia de sus ancestros vikingos en un Valhalla, adonde iban las almas -liberadas de este mundo- de aquéllos que encontraban una muerte gloriosa en combate. Michel, después de encontrar a la chica que amaba, olvidó su plan inicial de venganza. Cormac apenas podía censurarle; para el joven, la vida y el amor poseían la dulzura de la miel. Pero el feroz guerrero irlandés tenía una deuda con Gérard, cobardemente asesinado, y estaba dispuesto a pagarla... aún a cambio de su vida. Mantenía así, Cormac, su juramento... sus compromisos hacia los muertos.

Habríale gustado decir a Michel que montara el semental negro, pero sabía que el caballo no se dejaría montar por nadie, a excepción de su dueño. Su fiel compañero caería probablemente en las manos de los musulmanes, pensó con un suspiro. Después, subió lentamente los peldaños.



© F. Marco

DELIRIUM TREMENS

5

El Leon del Islam

Al final de la escalera, Cormac se encontró en un pasillo. Rápidamente continuó por él, esperando la presencia de los guardias. En su mano lucía la espada nórdica con brillo azulado. Tomando una dirección al azar, se introdujo por un nuevo pasillo y se encontró, bruscamente, con un guerrero turco frente a él. El hombre se quedó de piedra, con la boca abierta, creyendo que era una aparición sobrenatural ese "matador" de siniestro semblante que avanzaba, como si fuera un espectro, a través de los pasillos del castillo. Antes que pudiera el turco recobrarse de su sorpresa, la hoja azulada golpeó y cortó los músculos de su cuello.

Permaneció Cormac un instante erguido sobre su víctima,escuchando con atención. Captó el ligero murmullo de una conversación, y la actitud del turco, escudo en el brazo y cimitarra desenvainada, le llevó a pensar que, sin duda, montaba guardia ante una puerta que daba a una habitación interior.

Una antorcha iluminaba parsimoniosamente el pasillo. Cormac, buscando una puerta en la penumbra, halló, en su lugar, una gran

entrada disimulada por pesados pendones de seda. Entreabriendo prudentemente los pendones, observó una gran sala donde se encontraban gran número de soldados.

Los guerreros con corazas y cascos de punta, armados de cimitarras curvadas de punta larga, estaban dispuestos a lo largo de los muros de la sala; sobre cojines de seda se sentaban los jefes... los señores de El Ghor y sus aliados. Al otro extremo, sentado, Nureddin El Ghor... hombre grande y delgado, nariz fruncida y fina, con ojos negros de mirada penetrante. Todo su aspecto hacía pensar en un águila. Sus rasgos semitas contrastaban con los de los turcos que le rodeaban. Su mano fina y musculosa acariciaba continuamente la empuñadura de un largo y afilado sable; llevaba una cota de malla ligera. Este hombre originario del sur de Arabia y jefe renegado, tenía una gran inteligencia; su sueño de un reino independiente en estas colinas, no era una loca alucinación producida por el haschis. Si lograba aliarse con algunos jefes seljuks, con algunos renegados francos como von Gonler, y con el apoyo de las hordas de árabes, turcos y kurdos que acudían para seguir locamente su bandera, entonces Nureddin sería una amenaza tanto para Saladino como para los francos que aún se aferraban a los vestigios de Ultramar. Entre los turcos de corazas centelleantes, Cormac observó gorros de piel de carnero y capotes de lobo, de jefes no sometidos venidos del otro lado de las colinas... turcos y kurdos. El renombre del árabe era tal que aquellos guerreros se reunían con él.

© Marvel Comics Group

Kosru Malik estaba sentado próximo a la puerta disimulada por los pendones de seda. Hacía tiempo que Cormac le conocía. Era un típico guerrero de su raza, fuerte constitución, talla mediana, de rostro

curtido y cruel. Incluso en este consejo de jefes, llevaba el casco de punta y la dorada cota de mallas de acero; entre sus rodillas se hallaba posada una cimitarra con la empunadura incrustada de gemas. Cormac tuvo la impresión de que estos hombres discutían puntos y detalles previos a la organización de alguna razzia; y, en efecto, todos estaban poderosamente armados. Pero no perdió el tiempo en vanas conjeturas. Con la mano enguantada en hierro, tiró violentamente del cortinaje, echándolo a un lado, e introdújose en la sala.

Bajo el efecto de la sorpresa y el estupor, los guerreros se quedaron clavados en el sitio... un instante... que aprovechó el gigantesco bárbaro para aproximarse a Kosru Malik. Los curtidos rasgos del turco palidecieron. Se levantó de un salto, como un resorte, y blandió su cimitarra. En el mismo momento, Cormac plantó solidamente sus pies en el suelo y golpeó con todas sus fuerzas. La espada nórdica hizo volar centelleando la hoja curvada e, hincándose en la coraza dorada, atravesó el omóplato del turco y abrió su pecho en dos.

©Marvel Comics Group

Cormac sacó brutalmente la pesada hoja del omóplato destrozado y con un pie sobre el cadáver de Kosru Malik, plantó cara a sus adversarios, como si fuera un león librando su último combate. Su cabeza encasquetada, sus ojos azules y fríos brillando bajo las espesas y negras cejas, y su poderosa mano derecha empuñando la espada impregnada en sangre, preparada para romper. Nureddin se había erguido de un salto y quedó paralizado como una estatua de hielo, tembloroso de rabia y de estupor. Como jamás le había ocurrido, esta súbita aparición parecía haberle desalentado y hecho perder su aplomo. Sus finos rasgos de ave rapaz se deformaron en un rictus de cólera; su barba se erizó. Con un rápido movimiento desenvainó el sable de empuñadura de marfil. Al dar un paso al frente, mientras sus guerreros se apresuraban detrás de él con la intención de lanzarse sobre Cormac, se detuvo de sorprendente manera.

Cormac -un gozo salvaje le sumergía cuando se preparaba a sostener el ataque- vio, al otro lado de la gran sala, una puerta maciza abrirse bruscamente, dando paso a un importante número de guerreros armados , acompañados de muchos hombres de Nureddin. Los rostros de éstos últimos delataban inquietud y sus vainas permanecían vacías.

El árabe y sus acólitos se volvieron a su vez, para hacer frente a los recién llegados. Cormac se apercibió que estaban cubiertos de polvo, como si hubieran realizado una dura cabalgada. Un súbito recuerdo brotó de su memoria: eran los jinetes que había divisado en el crepúsculo, y que se dirigían a las colinas. Un hombre de gran talla y delgado cuerpo avanzó; su cara cansada y surcada de arrugas; sus vestimentas simples, en comparación con las resplandecientes corazas y sederías de aquéllos que se encontraban en la sala; no obstante, su aspecto era el de un conductor de hombres. Cormac lanzó un juramento de sorpresa cuando reconoció al hombre. Los moradores de El Ghor se sorprendieron aún más que él.

-¡Cómo osais entrar en mi castillo sin haceros anunciar!, exclamó Nureddin.

Un gigante con coraza plateada levantó una mano en señal de advertencia y declaró, con sonora voz:

-¡El Protector de los creyentes, León del Islam, Yussef ibn Eyyub Salak-ud-din, Sultán de sultanes, no tiene necesidad de hacerse anunciar para entrar en tu castillo y en ningún otro, árabe!

Nureddin estiró la cabeza, a diferencia de sus partidarios, que pusiéronse a saludar y a inclinarse precipitadamente; había hierro en este renegado árabe.

- Señor, dijo con voz fuerte, cierto es que no te reconocí cuando entraste en la sala. Pero El Ghor me pertenece, y no en virtud de un derecho ni por la ayuda o concesión de un sultán, sino gracias a la única fuerza de mi brazo. Por eso no imploro perdón por mis altivas palabras y te doy la bienvenida.

Saladino se conformó con sonreir con lasitud. Medio siglo de intrigas y luchas pesaba sobre sus espaldas. Sus ojos morenos, extrañamente dulces para alguien de rango tan elevado, se posaron sobre el gigantesco cruzado que permanecía silencioso, con su pie calzado de hierro avasallando a aquél que había sido el jefe Kosru Malik.

-¿Qué significa ésto?, inquirió el sultán.

Nureddin frunció el ceño.

- Un fuera de la Ley nazareno se ha introducido en mi castillo y ha asesinado a mi hermano de armas, el seljuk. Pido licencia para disponer de él. Te ofreceré su cráneo adornado con cinceladura de plata...

Un gesto le hizo callar. Saladino avanzó, solo, y se colocó delante del guerrero de aire sombrío y amenazante.

- Me pareció reconocer estas espaldas y este rostro feroz, dijo el sultán con una sonrisa. Así pues, señor Cormac, ¿se ha vuelto tu

mirada de nuevo hacia el Oriente?

-¡Ya es suficiente! -la voz cavernosa del bárbaro gruñó y resonó en toda la sala- . Me tienes a tu merced. Estoy dispuesto a pagar este gran error de mi vida. No pierdas tu tiempo en sarcasmos, envía tus chacales contra mí y acabemos. Pero juro por el honor de mi clan, que muchos hombres van a morder el polvo antes que yo mismo lo haga, ¡y los muertos serán más numerosos que los vivos!

Una expresión de rabia recorrió la alta figura de Nureddin; apretó con tanta fuerza la empuñadura de su arma, que los nudillos de sus manos se tornaron blancos.

-¿Debemos soportar ésto, señor?, exclamó acaloradamente. ¡Dejar que este perro nazareno nos lance lodo a la cara...!

Saladino sacudió lentamente la cabeza, sonriendo de algún chiste que sólo él conociera.

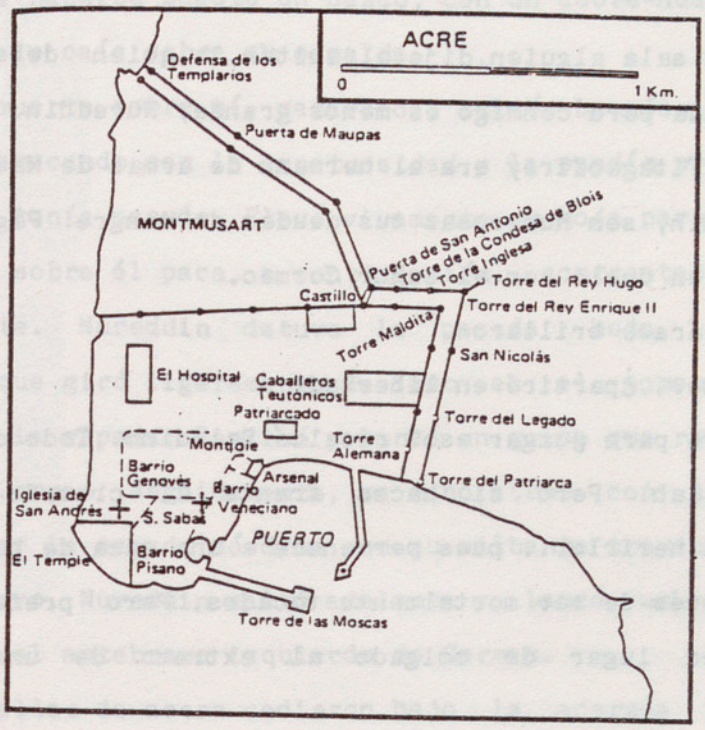
- Puede ser que ésto no sea una fanfarronada. En Acre, en Azotus, en Joppé, vi brillar como una estrella en la bruma, el cráneo sobre su escudo, y a los creyentes caer bajo su espada, como trigo maduro que se siega.

El sultán giró la cabeza recorriendo con mirada serena a los jefes aturdidos que bajaron la cabeza y a las líneas de guerreros silenciosos.

- Una notable asamblea de jefes en estos tiempos de tregua, murmuró como para sí.¿Pretendías emprender la marcha esta noche con todos tus guerreros, para combatir a los "djinns" del desierto o para honrar la memoria de algun sultán? No, no, Nureddin, me parece... que te estás moviendo por ambición,¡y lo vas a pagar con tu vida!

Ante una acusación tan inesperada, Nureddin vaciló mientras buscaba, inútilmente, una respuesta.

- Estoy en la idea de que has conspirado contra mí, prosiguió Saladino. En realidad... tu designio era corromper a diversos señores musulmanes y cruzados, hacerlos renegar de sus juramentos de



©S. Runciman

fidelidad... con el fin de construir tu propio reino. Por esta razón, rompiste la tregua y asesinaste a un prestigioso caballero, incendiando su castillo. Tengo espías, Nureddin.

El árabe miró vivamente a su alrededor, como preparándose a rebatir las palabras de su interlocutor, el mismísimo Saladino. Pero en ese instante, se dio cuenta del importante número de guerreros del Sultán y vio que sus propios rufianes, de aire feroz, se separaban de él con temor... Una sonrisa de desprecio apareció en su rostro aguileño y, guardando el acero, se cruzó de brazos.

- Dios da y reprende, declaró simplemente con el fatalismo de Oriente.

Saladino sacudió ostensiblemente la cabeza, haciendo un gesto para hacer retroceder a un jefe que ya se lanzaba a golpear a Nureddin.

- Hay en esta sala alguien,dijo el sultán, a quien debes rendir cuentas... tu deuda para conmigo es menos grande, Nureddin. He oído decir que Cormac Fitzgeoffrey era el hermano de armas de Maese Gérard. ¡En verdad, Nureddin, son numerosas tus deudas de sangre! Paga también ésta, batiéndote en duelo con el señor Cormac.

Los ojos del árabe brillaron.

- Y si le mato...¿partiré en libertad?

-¿Quién soy yo para juzgar eso? recalcó Saladino. Todo depende de la voluntad de Allah. Pero si haces frente al cruzado morirás, aunque aciertes a herirlo... pues pertenece a una raza de hombres que mata incluso después de ser mortalmente tocados. Pero preferible es morir a espada en lugar de colgado al extremo de una cuerda, Nureddin.

Por toda respuesta, el jeque desenvainó su sable de empuñadura de marfil. Lanzó Cormac un ronco gruñido, como el de un león herido, mientras destellos azulados aparecían en sus ojos. Cormac aborrecía a Saladino, como aborrecía a todos los de su raza, con el odio salvaje e implacable del celta. Ante las palabras del sultán, primero pensó en una sutileza oriental -teniendo en cuenta la cortesía del Kurdo hacia el rey Ricardo y los cruzados- pero rechazando creer que pudiera tratarse de otra cosa que de una astucia imaginada por el espíritu trapacero del sarraceno. En ese momento veía en la proposición del sultán una estratagema - ¡y sólo una estratagema!- destinada a enfrentar a dos de sus adversarios que conbatirían hasta la muerte bajo su mirada satisfecha. Cormac sonrió sin alegría. Pedía una sola cosa a la vida... tener a su enemigo en la punta de su espada. Pero a pesar suyo, no sentía ninguna gratitud hacia Saladino... sólo un odio reprimido.

El sultán y los guerreros se apartaron, dejando un gran espacio a los dos hombres en medio de la sala. Nureddin avanzó rápidamente, después de haberse puesto un casco, con un cubre-nuca de mallas de acero que le caía sobre su espalda.

-¡La muerte sobre tí, nazareno!, aulló. Lanzóse dando un salto de pantera, atacando con la impetuosidad y la osadía propia de un árabe. Cormac no tenía escudo. Elevó vivamente su hoja parando el sable que se abatía sobre él para, a continuación, contraatacar y retroceder rápidamente. Nureddin detuvo la pesada hoja con su escudo redondo, que giró ligeramente de lado en el momento del impacto, desviando la espada. Replicó y lanzó un golpe que rasgó la cofia de acero de Cormac; seguidamente, se echó atrás con un rápido salto, al evitar la espada nórdica con su silbante trayectoria.

De nuevo, Nureddin saltó adelante y lanzó un golpe. Su sable chocó con el antebrazo izquierdo de Cormac.

Las mallas de acero cedieron bajo la acerada hoja. La sangre manó... pero, casi simultaneamente, la espada nórdica se abalanzó vivamente y voló bajo el brazo del árabe. Los huesos sonaron y Nureddin fue proyectado al suelo, cayendo en toda su longitud. Los guerreros lanzaron asombradas exclamaciones sobre la potencia del tigre irlandés.

Nureddin se levantó tan rápido, que dio casi la impresión de que había rebotado después de tocar el suelo. Para los que observaban el duelo, no había sido herido -aparentemente- , y el árabe lo sabía. Su cota de mallas había resistido; el tajo de la espada no había cortado su carne, pero el impacto del formidable golpe había roto una de sus costillas como una rama seca. El hecho de que no podría por mucho tiempo parar los ataques del bárbaro, le llevó a una determinación de feroz bestia...¡mandaría a su adversario, con él, a la eternidad!

Cormac dirigióse sobre Nureddin, blandiendo su espada. El árabe, haciendo acopio de todo su coraje, actuó con velocidad sobrehumana:

se detuvo un momento y saltó-como una cobra que se lanza sobre su presa- y golpeó con la energía de la desesperación . Silbando, el sable se abatió sobre la cabeza inclinada de Cormac. Este titubeó, cuando la acerada hoja mordió el casco y las mallas de acero de su cofia, para cortar su cuero cabelludo. La sangre cayó por su rostro. El bárbaro clavó sus pies en el suelo y puso toda la fuerza de sus hombros y espada en este golpe. De nuevo el escudo de Nureddin paró la espada, pero esta vez el árabe no tuvo tiempo de girar su escudo de lado. La pesada hoja le golpeó como un látigo. Bajo el impacto, Nureddin cayó de rodillas, con su barbudo rostro deformado por el dolor. Con un coraje desatinado, se irguió titubeante y sacudió su torpe y fracturado brazo para desembarazarse de los restos de su escudo. Elevó su cimitarra y, en ese momento, la espada nórdica se abatió violentamente... rompiendo el casco del musulmán y abriéndole el cráneo en dos hasta los dientes.

Cormac puso un pie sobre el cadáver de su adversario y, con una brutal torsión, sacó la espada ensangrentada de la cabeza. Sus ojos feroces se cruzaron con la extraña mirada de Saladino.

- He aquí, sarraceno, dijo el guerrero irlandés con desafío, que he matado a tu rebelde, evitándote el trabajo.

- También era tu enemigo, le recordó Saladino.

- En efecto -Cormac mostró una sonrisa fría y cruel- . Te lo agradezco... aunque sé muy bien que no es por aprecio hacia mí o los míos que tú has ordenado a este árabe enfrentárseme en duelo..¡vamos! ... terminemos ésta, sarraceno.

-¿Por qué me odiais tanto, señor Cormac?, preguntó el sultán con curiosidad.

-¿Por qué odiar a mis enemigos? gruñó Cormac. Para mí, tu no eres ni más ni menos que un jefe de bandidos, como éstos. Has abusado de Ricardo y de los otros con bellas palabras y corteses actos, pero a mí no me engañas; sé perfectamente que buscas obtener con la astucia

y la trapacería aquello que no puedes lograr con las armas.

Saladino sacudió la cabeza, murmurando en voz baja. Cormac le lanzaba furiosas miradas, vendando su brazo herido y preparándose para saltar de un momento a otro...¡un salto que le permitiría mandar al kurdo y a él mismo a las tinieblas! El bárbaro había sido educado en las creencias y costumbres de su Irlanda natal, embebida en sangre: para los jefes de clan que se hacían continuamente la guerra, la piedad era desconocida y las leyes de la caballería un mito poco usado y menos cumplido. Dar pruebas de benevolencia hacia el adversario era un signo de debilidad; la cortesía hacia el enemigo era una forma de astucia, previa a alguna traición. Cormac había crecido y aprendido con tales preceptos, en un país donde un hombre aprovechaba todas las ventajas que se le ofrecían; no había cuartel y se batía como un demonio sanguinario si se quería sobrevivir.

A un gesto de Saladino, los guerreros que se encontraban ante la puerta se apartaron.

- Puedes irte, señor Cormac.

El bárbaro le lanzó una mirada furiosa; sus ojos hechos fuego.

-¿Qué juego es éste?, clamó.¿Crees qué voy a volver la espalda a las hojas de tus guerreros?¡No es esa la cuestión!

- Todas las hojas están en sus vainas. Nadie te atacará.

La cabeza leonina de Cormac giró de un lado a otro lanzando penetrantes miradas a los musulmanes.

- Dices la verdad...¿me dejas partir con impunidad, cuando he roto la tregua y masacrado a tus chacales?

- La tregua ya estaba rota, respondió Saladino. No encuentro en tí ninguna falta. Has respondido a la sangre con sangre, cumpliendo

tus compromisos con los muertos. Eres implacable y salvaje; me gustaría tener hombres como tú en mi ejército. Hay en ti una lealtad feroz, y te rindó homenaje por esta razón.

De mala gana... Cormac enfundó su espada en la vaina. Veía una mirada de admiración en el Musulmán de rostro cansado, lo cual le ponía furioso. Había terminado por comprender -confusamente-, que esta actitud de lealtad, de justicia y de imparcialidad benevolente, incluso hacia sus adversarios, no era una pérfida artimaña, un fingimiento por parte de Saladino, sino una nobleza innata, profundamente anclada en el corazón del Kurdo. A su entender, el sultán encarnaba, de pronto, las ideas de la caballería y del honor del que tanto hablaban -si bien no lo ponían mucho en practica- los caballeros francos. Así Blondel estaba en lo cierto, lo mismo que Maese Gérard, que esta actitud caballeresca y estos nobles sentimientos no eran sólo el simple sueño quimérico de una época pasada; habían existido y continuaban vivos en el corazón de ciertos hombres. Cormac nació y creció en un país salvaje donde los hombres llevaban una vida implacable y desesperada de lobos, cuya piel cubría su desnudez. En ese instante, fue trágicamente consciente de su barbarie innata y se sintió avergonzado. Pero se encogió de hombros.

© E. Vicente

- Te había juzgado mal, musulmán, afirmó. Hay equidad en tí.

- Te lo agradezco, señor Cormac, sonrió Saladino. La ruta que lleva al Oeste está libre para tí.

Y los guerreros musulmanes saludaron respetuosamente a Cormac Fitzgeoffrey mientras éste salía a grandes pasos de la sala, después

de haber aceptado el permiso de la persona real de aquel que era el Protector de califas, el León del Islam, el Sultán de sultanes.

***

(Fin del primer relato de la serie de Cormac Fitzgeoffrey)

© M. Whelan

Stramonium

MISERERE

N.º 1.—Miserere méi, Deus, * secúndum magnam - misericordiän tú.....am.

N.º 2.—Et secúndum multitúdinem - miseratiónun tuá.....rum, * dele - iniquitátëm me ....am.

N.º 3.—Amplius lava me - ab iniquitáte me.....a: * et a peccáto meö mún..... da.....me.

N.º 4.—Quóniam iniquitátem meam - ego cognós.....co: * et peccátum meún - contra me ëst sem.....per.

N.º 5.—Tibi soli peccávi - et malum coram te fe.....cit: * ut justificéris in sermónibus tuis - et vincas cum judï..... ca ....ris.

N.º 6.—Ecce enin in iniquitátibus con cép....tu....sum: * et in peccátis - concépis me matër me.....a.

N.º 7.—Ecce enin veritate - dilixisti: * incerta, et oculta - sapientiae tuae - manifestastï mi.....hi.

N.º 8.—Aspérges me hissópo, - et mun dá.....bor: * lavabis me - et super nívem de äl.....bá.....bor.

N.º 9.—Audítui meo - dabis gaudium et laetítiam: * et exultábunt ossa - humilï.....a.....ta.

N.º 10.—Avérte fácien túam - a peccátis me.....is: * et omnes iniquitátes - me äs de.....le.

N.º 11.—Cor mundum crea - in me Déus: * et spíritum rectum innova - in viscéribüs me.....is.

N.º 12.—Ne proiícias me - a fácie tú.....a: * et spíritum sanctum tuum ne auferäs a.....me.

N.º 13.—Redde mihi laetítiam - salutaris tu.....i: * et spíritu principali - confir. ...ma.....me.

N.º 14.—Docébo iniquos - vias tu.....as: * et impii - ad te con vër ten.....tur.

N.º 15.—Líbera me de sanguínibus Deus - Deus salutis meae: * et exultábit lingua mea - justitiäm tu.....am.

N.º 16.—Dómine lábia mea - apéries: * et os meum - annunciábit laúdëm tú.....am.

N.º 17.—Quoniam si voluisses sacrificium - dedissem útique: * holocáustis - non delëc.....tá.....be.....ris.

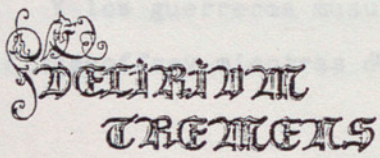
N.º 18.—Sacrificium Deo - spíritus contribulatus: * cór contritum et humiliátum - Déus non dës pi.....ci.....es.

N.º 19.—Benigne fac Dómine - in bona voluntáte túa Sion: * ut aedificéntur - múri Jë.....ru.....sa.....lem.

N.º 20.—Tunc aceptábis sacrificium justitiae, - oblaciones et holocaus.....ta: *

N.º 21.—Túnc impónent - súper altere tuüm ví.....tu.....los.

¡¡¡ UN BONITO MISERE DE REGALO !!!



DA MAS POR MENOS.

¡COLABORA!

EL VERDUGO

por Eduardo Vermenouce.

Los teléfonos cesaron. El repiqueteo informal del audiovisual había apagado su último tintineo. Todo volvía a ser noche y descanso, laxitud de un cuerpo golpeado por el trabajo sin cese. Se puso el bolso sobre el hombro izquierdo entonando, al mismo tiempo, una melodía pueril. Las farolas alumbraban la parte que quedaba sin proyección sobre la acera adoquinada, andando feliz por haber concluido la tarea de un día laboral.

.....

El llevaba esperando algunos minutos interminables. Las manos le sudaban sintiendo el peligro tan próximo como el vaho pegajoso que emanaba de la noche porteña. Esperaba, simplemente, la llegada de una nueva víctima. Los deseos intrínsecamente sexuales corrían como las oleadas de su sangre a su paso por las venas contraídas.

Infatigable ante la vista de pequeñas embarcaciones que oscilaban al compás de las tenues olas, dejaba pasar el tiempo preso de un éxtasis ya conocido.

.....

Al salir a la calle dejando atrás el gran portal acristalado, sintió la brisa veraniega en su piel desnuda aspirando el aire como humo de hachis: envolvente, tranquilizador, vivo. Enfiló la mil veces enfilada calle con el eterno ánimo que le inspiraba venganza. Su recortada sombra teñía de negro los objetos desparramados por el suelo.

.....

Vio pasar su sombra. La silueta inclinada y achatada buscaba los ángulos rectos para alargarse y distendirse encontrando en las

paredes su máxima disgresión. Sabía que era ella por el bolso que colgaba de su hombro algo vacilante; llevando el rítmico paso que sus caderas cimbreantes.

.....

Ella canturreaba una canción que evocaba su niñez. La brisa del mar pegaba sus labios produciendo, un sabor entre dulce y salado, entre acre y evocador.

.....

Contó los pasos. Uno, dos, tres... venticinco, sus callosos pies de bailarín se pusieron en sigilosos movimiento. Las suelas castrban el posible sonido al contacto con las baldosas. Podía ver a la mujer y a su sombra.

.....

Seguía prefiriendo notas musicales entre la mudez y el bisbiseo. Llegada cierta estrofa reflexionó. Se chupaba entonces los labios tiñéndolos de un rosa pálido. Miró al horizonte con expresa atención, rebuscando el primer verso en lo más recóndito de su memoria. Miraba absorvida y pensativa el horizonte como si este se formara por una enorme línea de velas encendidas.

.....

Pegó su cuerpo a la pared por puro instinto. Si ella se daba la vuelta volviendo sobre sus pasos, había pensado hacerse el borracho. Guardó la respiración en sus pulmones tan desesperadamente que éstos quisieron explotar por el esfuerzo. Cerró los puños. Miró al suelo por si la sombra de la mujer aparecía. Una araña nocturna se posó en su pelo sin que él se diera cuenta.

.....

Alguien más atrás, no mucho más atrás; quizá a treinta metros, o algo menos; pudieran ser cincuenta aunque su oído era fino y exquisito, se había detenido adrede, sin razón aparente. Los pechos se turgieron en un alarde bobo de gozo infantil ante el peligro.

Plena de sensibilidad notó como el pezón derecho se adentraba osado en un calado del sujetador. Cambió el bolso de hombro como otro cambia de posición los testículos sentado en una butaca de un cine u otro se mete el dedo en la nariz cuando cree no ser observado.

.....

Debía ser rápido. No podía estar toda la noche siguiendo a aquella mujer por las calles de aquel puerto. Se llevó la mano al bolsillo. El pañuelo verde estaba allí tan suave como siempre. Sacó con la otra mano el otro pañuelo, ese que los mortales normales usan en contadas ocasiones para no escupir en el suelo. Secó sus manos sudorosas como un cirujano poco antes de realizar una intervención quirúrgica.

.....

La adrenalina ascendía a borbotones. Corría por sus venas llegando al cerebro para así llenarlo de inquietud. Volvió la vista tan disimulada como ineficazmente pudo. Notaba ya un nerviosismo exagerado y no cantaba.

.....

La acera gritó como los hombres gritan en el hipódromo cuando un caballo acelera el paso acercándose tranco a tranco al de cabeza. Entonces las sensaciones se desatan, todo está decidido y el destino comanda al son de comparsa los hechos. Respiró hondo. Relajó momentáneamente los músculos del cuello y espoleado por una locura sin principio ni final comenzó a correr tras ella.

.....

Oyó los pasos retumbar en el pavimento. Se sintió al unísono pequeña, desdichada y vulnerable. Hechó a correr al mismo tiempo que volvía su cabeza para ver a su perseguidor. Notó como algo sedoso pasó rozando su frente para alojarse definitivamente en su cuello. La piel se le erizó. Gritó.

.....

Las sombras se unieron en un vals de locura, de velocidad incontrolada. Con las dos manos echó el pañuelo verde por encima de su cabeza

como si de un cow-boy en pleno rodeo se tratara. Rápidamente presionó el pañuelo sintiendo como su presa perdía mordacidad en la carrera. El bolso estalló en su cara cuando se creía vencedor. Algún frasco de perfume había estallado cerca de su sien y ésto le hizo tambalear, dudar por un momento.

.....

Toda su fuerza recorrió su muñeca derecha. Tensó los músculos del brazo lanzando el bolso hacia atrás buscando la cabeza del hombre pero su cuello se agarrotó inmóvil antes de una ilusoria victoria parcial.

.....

Rehecho del golpe asió la muñeca de la mujer con una brusquedad tempestiva. La retorció al borde de la rotura como si de una tuerca desengrasada se tratase...

- No hable y ande -dijo el hombre con voz hueca y autoritaria-.

La mujer intentaba decir algo.

Aminoró la fuerza que ejrcía sobre el brazo de la mujer.

- Por favor, no me mate. Sé lo que busca pero no me estrangule por favor.

- Sólo deseo saciarme de ti -dijo el hombre totalmente enardecido-.

- Bien, bien. Como quiera, pero no me mate por favor.

Ella lloraba plañideramente. Su respiración entrecortada convulsionaba su cuerpo presa de angustia. No deseaba morir.

- Aquí -dijo el hombre empujándola hacia una calle cortada repleta de obscuridades y de formas indeterminadas-. Desnúdate y no chiles. No pienso estrangularte, sólo saciarme de ti.

El sabía que no era aquella su manera de actuar, que prefería matar primero para luego adentrarse en el cuerpo informe, sereno, quieto. Muertas no herían, no jadeaban, no arañaban, no sufrían con sus acometidas.

La mujer le dio la espalda con pudor y con cierta tranquilidad

en los actos. Sentía un frío espectral al borde del desmayo pero dominaba con sosiego las realidades que le horadaban la cabeza. Por el contrario el pene del hombre revivía despues de la persecución. Veía como la mujer se despojaba de la blusa dejando ver una espalda lisa de una piel suavísima. Vio caer el sujetador cuando su miembro se desataba ya en torpes convulsiones. Unos segundos más tarde la falda caía e incontrolado, exhausto el pene rezumaba líquido viscoso.

Cuando finalizó, ella se dio la vuelta con parsimonia, hasta con elegancia y desdén. Parecía quitar trascendencia a la situación cuando desnuda se acercó a él.

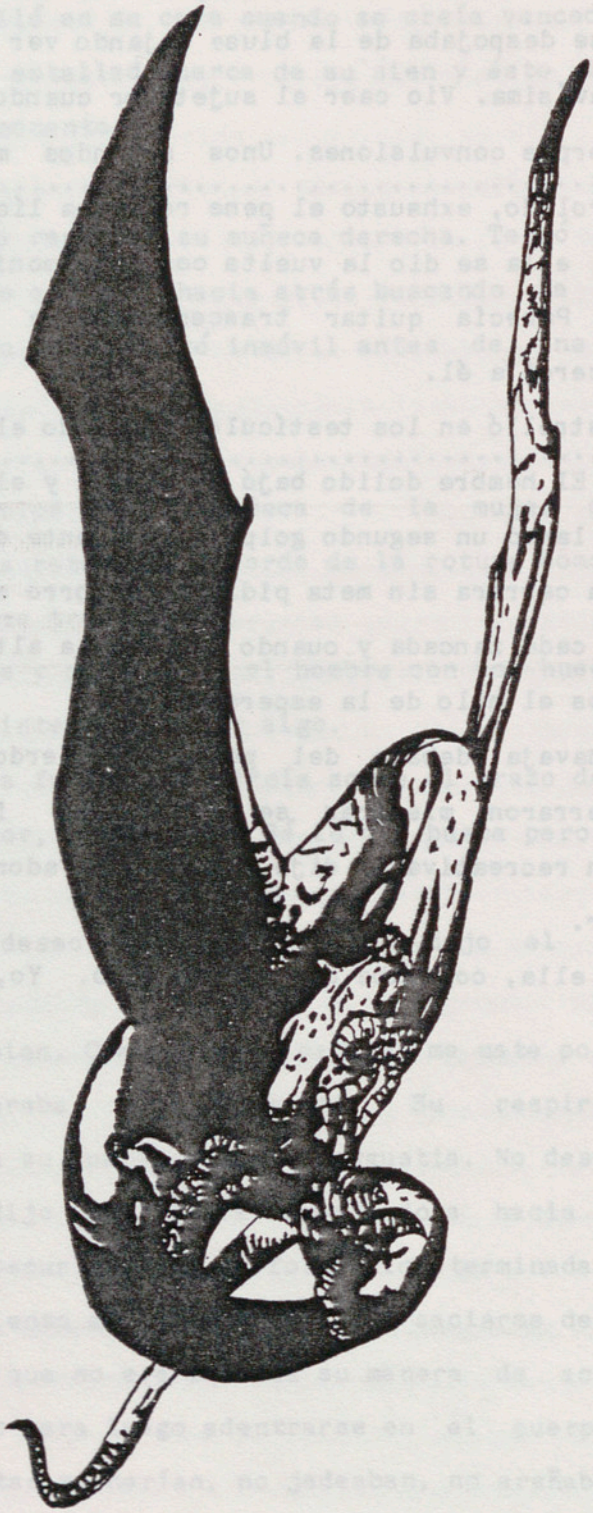
Su rodilla se estrelló en los testículos con todo el odio y el miedo concentrados. El hombre dolido bajó la cabeza y ella enfática, serena y resolutiva lanzó un segundo golpe a la frente del asesino.

Luego inició una carrera sin meta pidiendo socorro a gritos. Los pechos oscilaban en cada zancada y cuando llegó a la altura de donde estaba vi en sus ojos el halo de la esperanza.

Le clavé mi navaja debajo del pecho izquierdo. Sus ojos inexpresivos se cerraron mientras se desangraba inundando su desnudez. Una visión recreativa me dije y me dirigí adonde mi amigo se retorcía de dolor.

Su final, el de ella, copulaba con el destino. Yo, apenas, me erigí en verdugo.

***



© Marvel

DELIRIUM TREMENS

PRESENTA

Epopeyas de Nuestros dias

HOY

Ricardo Cassin

1937

P I Z B A D I L E: RICARDO CASSIN A LA CARA N.

R. Cassin en el mes de julio de 1937, decía:

El pasado año apareció en "La Corriere della Sera" un artículo de Dino Buzzati, en el que se decía que entre los pocos problemas todavía no resueltos en el campo alpinístico se encontraba la pared norte de la cima oeste del Lavaredo y la pared nordeste del Piz Badile.

Apenas resuelto el primer problema, exponemos al comandante de la Centuria de Escaladores el próposito de probar nuestra fuerza sobre aquel baluarte granítico, definido por Bonacossa en su Guía, como la mas grandiosa placa de los Alpes.

Después de un intenso entrenamiento sobre la Grignetta, el día 28 de junio de 1937 partimos de Lecco hacia la Val Bregaglia con

el objeto de familiarizarnos con la zona, para nosotros desconocida, y de observar la famosa pared.

Pero demasiado poco podemos ver, ya que desde nuestra llegada al refugio Sciora el tiempo es lluvioso. Hay niebla y llueve dos días, que permanecemos totalmente inactivos y viendo la imposibilidad de un pronto restablecimiento de las condiciones atmosféricas volvemos a Lecco.

A la semana próxima nuevamente estamos allí. Nos acercamos a la base de la pared para observar el punto de un eventual ataque, después subimos más de doscientos metros sobre el espolón norte para observarla, pero otra vez el cielo se torna cubierto y la niebla nos impide nuestro propósito.

Mientras nos encontrábamos sumidos en nuestro objetivo, han llegado Molteni y Valsecchi animados también de nuestro propósito y se han instalado en el refugio. Pero nosotros hemos decidido retornar hasta que las condiciones atmosféricas permitan atacar.

Otra vez de nuevo en la Val Bregaglia y siempre con el fin de familiarizarnos más aún con la roca y la zona, ascendemos cerca de seiscientos metros por la arista norte y descendemos nuevamente en cordada libre. Por la tarde preparamos todo lo necesario para intentar el ataque a la pared nordeste. A las dos de la mañana el tiempo no es bueno. El cielo permanece cubierto y llueve. Volvemos a las literas. Más tarde el tiempo mejora y decidimos atacar.

Es tarde, pero no estamos demasiado preocupados por ésto. Molteni y Valsecchi, aunque salieron tres horas antes, han atacado doscientos metros a la derecha de donde nosotros hemos decidido. Dos horas después estamos en la pared y subimos por este orden: Cassin, Expósito, Ratti.

Los primeros cien metros siguen una cornisa oblicua hacia la derecha que no presenta excesiva dificultad. El tiempo es óptimo. Después de dos horas hemos atacado de lleno la dificultad.

Sigue el tiempo bueno cuando al final de esta primera jornada y sobre una repisa nos preparamos para el primer vivac. Vecinos a nosotros son Molteni y Valsecchi, los que han superado las dificultades una cincuentena de metros por encima con gran esfuerzo debido a las fuertes dificultades que se han encontrado en su ruta. A las diez de la noche respondemos a las señales luminosas que desde el refugio nos hacen nuestros amigos. Después nos metemos en el saco de vivac hasta la llegada del alba. Noche con calma y sin frío.

Jueves, mañana. A las cinco horas reemprendemos la escalada. Molteni nos propone ir juntos. La propuesta de Molteni nos deja desconcertados; la salida de cinco por una pared como ésta no es ciertamente cosa demasiado lógica, pero dada la insistencia de los camaradas formamos una única cordada. Todavía la marcha de la nueva cordada es bastante rápida. Alguna avalancha de piedras desde muy arriba de la pared. Una de éstas arrastra el saco de Molteni. Pero a la tarde de este segundo día, Molteni y Valsecchi, menos entrenados que nosotros, están muy cansados, y ello hace que progresemos lentamente.

La dificultad es excesiva y no nos permitimos un momento de tregua; también nosotros nos empezamos a resentir del esfuerzo, mas no es posible concedernos descanso: es preciso, absolutamente, proseguir hacia arriba para encontrar un puesto para el vivac antes de que oscurezca.

Vienen de Val Bregaglia grandes mechones de niebla y el cielo va lentamente cubriéndose. Hacia las nueve de la tarde estamos sobre una pequeña repisa que se presta para pasar la noche. Molteni y Valsecchi están exhaustos. Estamos preocupados por sus condiciones. ¿Resistiremos? ¿Cuándo llegaremos a la cima? ¿Cuáles y cuántas dificultades nos esperan?¿Las podremos superar? Nos esforzamos en demostrar optimismo, pero Molteni y Valsecchi se encuentran muy abatidos. Es imposible efectuar o recoger señales luminosas a causa

de la gran niebla que se interpone entre nosotros y el refugio.

Apenas organizados para el nuevo vivac se desencadena un violento temporal. Torrentes de agua bajan por el largo canalón. No podemos movernos a causa de lo exiguo del espacio. A los pocos minutos estamos completamente empapados de agua.

Hacia medianoche un fuerte viento del Norte despeja las nubes y retorna la calma. Hace frío. Interminables son las horas que transcurren lentamente hasta que sale el sol. Esperamos un poco par recuperarnos antes de empezar la escalada. Molteni y Valsecchi continúan abatidos. Cambiamos la formación de la cordada. Cassin en cabeza, después Expósito, Molteni, Valsecchi y Ratti. Al inicio de esta jornada la dificultad se presenta al límite de la posibilidad humana, ya que la única vía de salida es una larga chimenea por la que baja abundante agua.

Es preciso proceder con toda la rapidez posible porque vemos que el cielo, por el Norte, comienza a cubrirse. Después de dos horas de escalada Molteni y Valsecchi dan señales de agotamiento y es necesario ayudarlos en la progresión. Es un trabajo muy duro para nosotros. Trabajo que realizamos de buen grado.

A eso de las doce recomienza a llover. Nos encontramos en una travesía expuestísima; pero también es absolutamente necesario el continuar dadas nuestras condiciones. Después la lluvia se transforma en granizo. Es preciso aferrarse en las aristas de los grandes bloques de hielo. La tempestad trae un viento helado que agarrota los miembros. Al rato cesa el granizo y comienza a nevar.

Con esa fuerza de voluntad que sólo se forja sobre la verticalidad de la montaña y que sólo el escalador conoce, continuamos hacia la cumbre. Es preciso conseguir hoy la cumbre. Un vivac en estas condiciones puede ser fatal para todos. Molteni y Valsecchi moral y físicamente no resisten más. La terrible lucha con la pared y con los elementos les han dejado completamente

extenuados. Les suministramos coñac y pastas y seguimos hacia la cumbre. Finalmente, la salida de la arista es menos difícil, pero es imposible acelerar la marcha por el estado de Molteni y Valsecchi.

Nieva siempre y sopla un fuerte viento. Es imposible ver a un metro delante de nosotros. Pero sentimos que la cumbre está muy próxima. Si la tormenta cesa podremos salvarnos. Avanzamos muy lentamente, pero avanzamos. Nos aproximamos hacia la cima, a la salvación, a la victoria. Hacia las cuatro, la pared está vencida. Mas la lucha todavía no ha terminado. La tormenta se torna más violenta. Todo es demasiado igual. La nieve caída lo iguala todo.

Iniciamos rápidamente el descenso hacia el refugio Gianetti, pero en la segunda mitad nos paramos para orientarnos. Pedimos información a Molteni y Valsecchi, más conocedores que nosotros de esta zona, pero no pueden facilitarnos dato alguno. Entretanto ha llegado la noche. Molteni y Valsecchi se encuentran en plena crisis y nosotros estamos preocupadísimos. Marchamos desesperadamente a derecha y a izquierda, seguramente muy cerca de la vía de descenso, pero a causa de la niebla no vemos nada. La tormenta se aviva más, todo son remolinos de nieve que levanta pequeñas partículas de hielo. Los elementos nos vencen a nosotros que ya estamos débiles. Hacemos todo lo posible por alejar la muerte que está próxima. Damos a Molteni y Valsecchi todo el coñac que nos pertenecía. Yo ayudo al primero a ingerirlo, sosteniéndole, ya que no tiene fuerzas para levantarse más. Y sin un lamento deja caer la cabeza al suelo para jamás alzarla de nuevo.

Estamos un minuto en silencio. Pensamos en bajar su cuerpo y por unos momentos el deseo vence a la razón. Me cargo el cadáver, pero la fatiga y los elementos me hacen desistir. Con la ayuda de Expósito aseguro el cadáver a una roca para que no se lo lleve la tormenta.

Buscamos a Ratti y a Valsecchi que no han vivido esta última

aventura. No les decimos nada para no agravar el estado desatroso de Valsecchi. Pero cuando una dificultad imprevista se interpone en el camino y nos reúne a todos, Valsecchi busca con sus ojos a su compañero, y al no verlo intuye su caída y en pie, recostado en una roca, llora lentamente. Después cae al suelo y con una tristeza terrible que lo envuelve, reclina la cabeza sobre el pecho y sin un lamento cae exánime en nuestros brazos. Todos estamos mudos por esta segunda dolorosa pérdida. Aseguramos también su cuerpo y, después, viendo la imposibilidad de continuar por la oscuridad de la noche nos cobijamos en los sacos para resistir una tercera noche. Ninguno dormimos en ésta; tenemos presentes a los camaradas muertos que ya se encuentran tapados por la nieve, y pensamos cual será el primero que habrá de seguirlos.

Hacia la medianoche, la violenta tormenta que empezara doce horas antes, cesa, y una calma impresionante sucede a tanta violencia. Esperamos al alba para calentarnos un poco y también porque aquél podía ser el último abrazo.

Al alba el cielo está despejado. El calor del sol nos devuelve algo de nuestra energía. A cien metros debajo de nosotros el nevero al pie del Badile.

Portamos el cuerpo de Valsecchi hasta la base del Badile, le envolvemos en el saco de vivac y partimos hacia el refugio. En una hora hemos llegado. Comunicamos la noticia de los compañeros muertos y caemos agotados sobre las literas.

Al día siguiente volvemos sobre el Badile, con el grupo de socorro para bajar al valle los cuerpos...

***

Libertad verde que crece fresca

entre piedras inertes,solidificadas,

colores surgiendo de la nada,

de las piedras, entre ellas

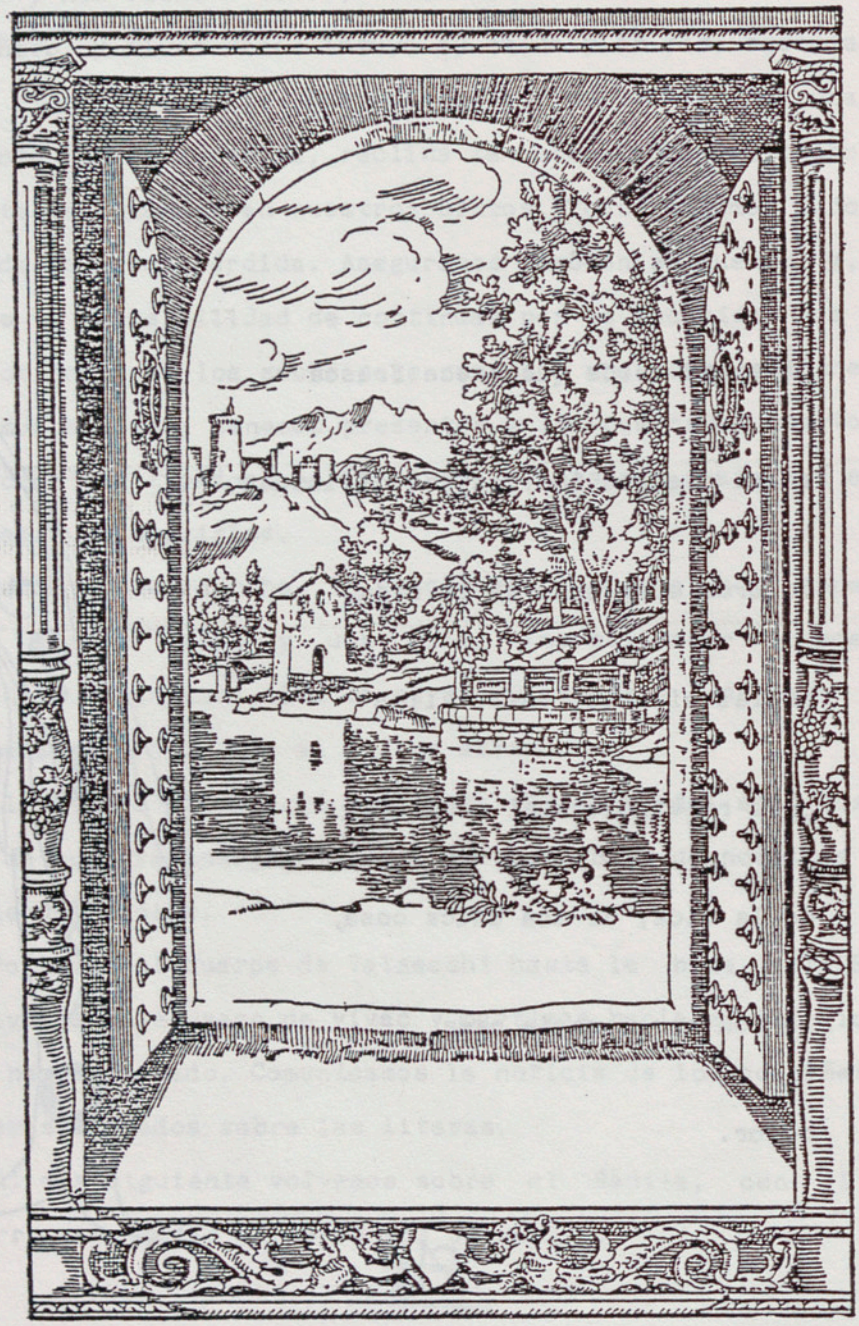
para reivindicar el contraste

de la vida, de una unica cosa,

lo contrario seria nada,

color.

by p. segura



© F. Marco